

TEXTOS DE JOHN WILLIAM COOKE Y DE ACCION REVOLUCIONARIA PERONISTA



Cuadernos de la memoria

www.elortiba.org

www.lahaine.org

CONTENIDO

Acción Revolucionaria Peronista: La lucha por la Liberación Nacional

Acción Revolucionaria Peronista: Apuntes para la ideología de la revolución cubana

Acción Revolucionaria Peronista: Aportes para una crítica del reformismo en la Argentina

Acción Revolucionaria Peronista: Carta a dos compañeros de FOETRA

Acción Revolucionaria Peronista: El caso Nell, clave para el proceso político argentino

Ultimas indicaciones de Cooke a su compañera Alicia Eguren

LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL

Acción Revolucionaria Peronista (ARP) 1959

[Trabajo de John William Cooke, leído en el Congreso de la Liberación Nacional realizado en Buenos Aires, en noviembre de 1959]

Un clima de rebeldías individuales puede durar indefinidamente sin afectar al régimen que las provoca. Solamente cuando la rebeldía esta coordinada y encauzada en un movimiento de liberación adquiere la eficacia necesaria para luchar con éxito. Al análisis de esa organización, a precisar dentro de lo posible sus límites humanos y doctrinarios y a fijar sus condiciones para su victoria eventual tiende este trabajo.

Si solamente se tratase de fijar un programa con destino a la fuerza política a la que pertenezco, la tarea sería más fácil y mis enfoques ganarían precisión: expondría con vistas a un movimiento unido en torno a una jefatura indiscutida, con un alto grado de disciplina y cohesión basadas en la comunidad ideológica y en motivaciones sentimentales. Pero, de la misma manera que declaro que no puede haber liberación sin el Peronismo, reconozco que tampoco podrá hacerla exclusivamente el Peronismo. La tarea requiere una movilización popular muy vasta, una gran política de masas orientada por un programa que sea, al mismo tiempo, inflexible en el mantenimiento de ciertos principios fundamentales y suficientemente amplios como para superar los particularismos ideológicos de sectores que coinciden en el propósito común.

Por eso, lo primero a considerar es cual sea ese propósito común. Si únicamente se buscase terminar con este gobierno que nos oprime y avergüenza, deberíamos actuar en común con casi todos los partidos del país que, con diferentes grados de agresividad, proclaman su oposición al mismo y buscan diversas formas de cambiar su política, desde las persuasivas hasta el cuartelazo. Si, en cambio, deseamos eliminar las posibilidades de que existan un gobierno semejante y una política semejante, entonces hay que prescindir de muchos aliados circunstanciales.

1 - La Cuestión nacional

Todo planteo para la lucha debe partir del conocimiento de nuestra situación de país semicolonial, integrante de un continente semicolonial. La crisis económica, política y social que los sirvientes de la oligarquía terrateniente argentina y de la Gran Bretaña crearon y desarrollaron hasta sus últimas consecuencias a partir de setiembre de 1955, se descarga en una "solución" a costa de las grandes masas populares. Para comprender el sentido criminal de la política Prebisch-Frigerio-Alsogaray hay que recordar que el futuro nacional depende de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación -pueblo y la unidad oligárquico-imperialista. Esa contradicción en el orden económico, se manifiesta en las exigencias -cada ciclo crecientes- del desarrollo industrial y por las posibilidades -cada ciclo decrecientes- de una economía agropecuaria desarrollada para servir los intereses de la entente formada por el grupo de monopolistas de la tierra (explotadores de la renta de invernaderos de la provincia de Bs. As. y la llamada zona cerealera), el comercio importador de la Capital,

los grupos industrializadores de la carne y la Gran Bretaña. El golpe reaccionario del 16 de setiembre fue un serio esfuerzo para restaurar el antiguo sistema de la entente. El imperialismo yanqui y la gran burguesía industrial lo apoyaron, en definitiva, colocando por encima de toda otra consideración la necesidad de echar abajo un gobierno popular basamentado en la clase obrera.

En las elecciones de 1958 el equipo setembrino perdió el poder político, pero haciendo uso de la fuerza que conservaba presionó hasta lograr que el gobierno adoptase una línea de acción consecuente con las necesidades de la oligarquía. Algunos teóricos provenientes de la izquierda, partiendo de la tesis exacta de la decadencia del imperialismo, hicieron la apología de un plan de desarrollo económico bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Desde sus posiciones burocráticas ignoraron que las concesiones al imperialismo estadounidense no impidieron nuevas concesiones a Gran Bretaña, por cuanto la Argentina es zona de "coexistencia" entre las potencias coloniales anglosajonas.

El actual equipo económico ha prescindido de la terminología pseudo izquierdista y habla con una claridad que demuestra que no tiene, en ese sentido, mala conciencia: a diferencia del presidente y su primer elenco, no ha traicionado ninguna fe jurada, pues nunca simuló servir la causa popular.

El ingeniero Alsogaray acaba de afirmar que la prédica antiimperialista constituye una "pamplina", siguiendo en eso la línea de pensamiento de la gran prensa comercial. La clase dirigente argentina -tanto la que participa del gobierno como la que esta fuera de él o contra él- practica todas las astucias del "idealismo burgués". La verdad objetiva del imperialismo impidiendo el desarrollo armónico independiente de las veinte repúblicas latinoamericanas es algo que no debe difundirse ni comprenderse. Por lo tanto, niegan esa verdad. Desgraciadamente, el imperialismo está presente en la estructura política de América Latina, con sus veinte soberanías teóricas encubriendo la deformación geográfica y el infraconsumo.

Cualquier política de liberación debe ser, por sobre todo, antiimperialista. La oligarquía nativa es un subproducto que solamente será eliminado cuando se liquide la influencia del imperialismo. La lucha, entonces, es de liberación nacional, para liberar el país y alcanzar su triunfo definitivo en el momento, aún lejano, en que América Latina constituya una unidad real y libre de la opresión de los grandes centros cíclicos.

La oligarquía intenta distraer la atención del pueblo de este núcleo central de la problemática americana, ya sea negando la existencia del imperialismo, ya sea superponiéndole otros que, con la ayuda de la maquinaria de propaganda, presenta como más urgentes o fundamentales. Es así como quiere desviar las energías de la liberación hablando de la defensa de Occidente, o de la supervivencia de valores culturales greco-latinos. De paso, puede arrojar la sospecha de comunista sobre cualquiera que persista en agitar las causas reales de la inferioridad americana.

No hay operación mental que pueda convencer a una masa alertada de que esos valores culturales, políticos y religiosos están identificados con posiciones prácticas en la lucha por la hegemonía mundial y el mantenimiento de los mercados. Si los franceses en Argelia o los ingleses en Kenia son los representantes de un orden ético-cultural, entonces la conclusión sería desear cuanto antes la quiebra de ese sistema y no la solidaridad con los "cruzados" de la civilización occidental. Los países imperialistas crean slogans espiritualistas para encubrir la expoliación colonial, pero los pueblos han alcanzado ya un alto grado de madurez y saben que la única división mundial auténtica en este siglo es la de países oprimidos y países opresores. Las masas latinoamericanas no pueden hacer causa común con los verdugos porque ellas también están en la lista de las víctimas.

El Peronismo planteó, por primera vez, la posibilidad de un antiimperialismo práctico desarrollado en medidas concretas que comprendían un sistema defensivo. Al antiimperialismo romántico y teórico en que tuvo que refugiarse la generación precursora de Ugarte, y al antiimperialismo parcial, inorgánico, sentimental de Yrigoyen, sigue un antiimperialismo práctico y formando parte de un sistema coherente apoyado en las masas desposeídas. Analizar si llegó hasta el límite de sus posibilidades en la contingencia histórica en la que le tocó actuar, es materia ajena a este trabajo. Mientras la idea esfumada y retórica del "mundo nuevo" que proclamó Yrigoyen atrajo a una parte magnífica de la juventud argentina que le dedicó, sin éxito, sus esfuerzos, las instituciones que manejaba la oligarquía y su propio partido la arrinconaron en el osario de las buenas intenciones. El antiimperialismo posterior a 1945 no solamente fue la primera realización amplia en el terreno práctico, sino que terminó con la servidumbre intelectual. Las enseñanzas de los maestros como Scalabrini Ortiz se incorporaron al lenguaje y a los objetivos del pueblo. La composición social del Peronismo dio la única base posible para la lucha efectiva: el proletariado y los trabajadores del campo.

Tan profundo fue el cambio, que el principal partido opositor, la Unión Cívica Radical, no pudo persistir en su programa y en su lenguaje pre-Peronista: en su seno triunfó la línea yrigoyenista. Aunque su formulación tenía semejanzas con la del Peronismo eso no implicó, sin embargo, que se hubiese producido una aceptación real de los nuevos puntos de vista: el programa, en realidad, estaba "arrinconado en un folleto", como tuvo que reconocer el propio Lebensohn.

En estos momentos en que los partidos políticos intentan especular con la gran masa proscrita, en muchos documentos y discursos aparece el problema imperialista. Pero se ve que es un lenguaje postizo para atraer incautos.

La lucha por la liberación parte, entonces, de la determinación del enemigo real: el imperialismo, que actúa a través de la oligarquía nativa y de los engranajes políticos, económicos y culturales a su servicio.

En primer plano aparecen, indisolublemente unidas, la cuestión nacional y la cuestión social. Una no puede resolverse sin la otra.

2 - El carácter revolucionario de la lucha.

Si tomamos como punto de partida que la liberación no se consigue derrotando al grupo gobernante sino terminando con la dominación imperialista -y no otra puede ser la conclusión después de desarrollarse el temario del Congreso para la Liberación Nacional- se perfila, con bastante nitidez, el carácter de la lucha en que estamos empeñados.

El gobierno al proscribir la fuerza política mayoritaria ha cerrado el camino para las soluciones electorales. El procedimiento desmiente en los hechos las declamaciones democráticas de la oligarquía gobernante, pero responde a la férrea lógica interna que preside sus acciones.

El régimen establecido por la Constitución de 1853 constituye la aplicación local del sistema de instituciones del capitalismo, entonces en pleno ascenso. Se debilita al Estado con el argumento de garantizar la libertad y la igualdad de los ciudadanos, pero al mismo tiempo para excluirlo de toda intervención en el terreno de los hechos económicos donde la burguesía ha reemplazado las formas feudales. Las multitudes populares no pueden ejercer los derechos que teóricamente les otorgan las Constituciones, salvo en una sola dirección la que favorece el control del estado por parte de la clase pudiente. Cuando, como sucedió en Francia en 1848 y 1870, el pueblo reclama por el despojo, el propio Estado se encarga de reprimirlo inmisericordemente.

Este proceso, perfectamente estudiado desde muchos ángulos, adquiere características peculiares en América Latina. La República Argentina toma de la Constitución de Filadelfia -que fue una Constitución estudiada y sancionada por ricos- todo el mecanismo que asegura la mínima participación popular en el manejo del Estado: elección indirecta de presidente y senadores, frenos y controles, poder judicial, etc. Los comentaristas y redactores de la Constitución norteamericana fueron bien explícitos en el sentido de que ellos concebían la democracia como un gobierno de las élites. La oligarquía, consecuente con los puntos de vista que ha sostenido a través del grupo rivadaviano, transplanta esos principios e instituciones. Si, como sucedió a veces, el sistema amenazaba dar resultados adversos a los previstos, entonces la clase dirigente hace trampas: veta candidatos (como sucedió después del año 30) o recurre al fraude electoral; a partir de 1955, impide que el Partido Peronista concorra al comicio.

La primera línea de defensa de la casta dominante está ubicada en el sistema del 53, que otorga libertades políticas a cambio del respeto por la organización que permite el mantenimiento de las desigualdades sociales. Cuando esa línea es rebasada, está la segunda línea del fraude, cuya característica moderna consiste en la calificación apriorística de cuáles fuerzas son democráticas y cuáles no. Esto es, como he dicho, lógico. Una clase dominante no abandona sus ventajas ni siquiera por consecuencia

con sus propios principios políticos. Es otro caso de idealismo burgués: se defiende la "Libertad" como idea platónica y desencarnada, pero en el terreno vulgar de la práctica se desconoce la condición de libres a los que ponen en peligro los privilegios. La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. "Libertad", "democracia", "moral" figurarán cuantas veces sea necesario en un decreto que dé el zarpazo a las libertades civiles argentinas. La democracia y la libertad se definen a partir del mundo de valores liberal burgués; por lo tanto, cualquier tentativa de sustituir la explotación económica por sistemas más justos de distribución de la renta nacional está al margen de la convivencia. El Estado debe ser indefenso frente a los poderes del dinero y despiadado en la represión de los rebeldes.

En los grandes países industriales el régimen liberal funcionó sin mayores perturbaciones durante muchos años porque la prosperidad general, obtenida mediante el desarrollo de las fuerzas productivas y la expansión imperialista, permitía una mejora constante de los niveles de vida. Eso explica el carácter reformista de muchos partidos obreros en Europa, que se beneficiaban con parte de los ingresos provenientes de la depredación colonial.

En los países coloniales como la república Argentina, donde un alto porcentaje de lo producido nacional se desvía hacia las capitales financieras, el régimen liberal sólo sirve a la oligarquía, cuyo enriquecimiento es el resultado de su comunidad de intereses con el imperialismo, mientras el país y el pueblo se empobrecen. Ese orden de injusticia permanente impuesta a través del sistema es propiciado por una serie de estratos que lo defiende: desde la prensa comercial, los grupos profesoraes, los intelectuales cipayos, la masonería, hasta los partidos políticos llamados "tradicionales". Una parte de la pequeña burguesía siempre se alinea con la opresión, ya sea porque cree ejercer una parte del poder social, ya sea por influencia de la propaganda que masivamente se descarga sobre ella desde hace un siglo.

Las clases dirigentes y parte de la pequeña burguesía del país colonial adoptan los esquemas mentales impuestos por el país dominante, y ello por varias razones: porque sus intereses están vinculados a los del imperialismo; porque se consideran parte integrante del mundo cultural al que esas ideas responden, mundo del cual creen participar merced a su sedicente superioridad intelectual sobre el resto de la población; porque se encandilan con el relumbrón del pensamiento europeo o norteamericano, sin entrar a considerar que responden a contingencias que son en muchos aspectos antitéticas de los intereses nacionales.

Los parias de la India, intocables de última categoría, son los primeros en creer que una maldición los oprime y los hace inferiores al resto de los demás mortales; por eso viven una existencia semibestial, aniquilada en ellos toda esperanza de mejoramiento. El mismo proceso intelectual se opera en un país colonial, que acepta un sistema de castas económicas en las que le corresponde un peldaño inferior de la escala. Pero

este caso es aún peor, porque el paria se resigna pasivamente a lo que cree una fatalidad ineludible, mientras que la mentalidad colonial no se limita a proclamar lo inevitable de su servidumbre: declara, además, que es conveniente y que de ella provienen infinitas venturas.

Las fuerzas que actualmente gobiernan son liberales. No son, aunque traten de confundir los términos, democráticas. La oligarquía ya está en su segunda línea de defensa, pues debe defender al liberalismo aún a costa de medidas antidemocráticas. No pueden coexistir pacíficamente un movimiento de liberación nacional y las instituciones liberales, que son una estructura jurídica que protege un sistema determinado de organización económica para beneficio del capitalismo extranjero y nativo.

El liberalismo ha sido elevado a la categoría de verdad eterna por los poderes del privilegio, envolviéndolo en el incienso de la retórica idealista. Pero un sistema jurídico-económico es simplemente "una elección humana convertida en situación". Es contingente y determinado histórica y geográficamente. Las soluciones al drama nacional exigen la caducidad de estas estructuras, lo que constituye una revolución.

No somos fuerzas del desorden, porque el orden que combatimos se identifica con intereses y privilegios y el orden al que aspiramos no puede instaurarse dentro del régimen liberal por dos razones: 1ª porque el esquema liberal excluye la revolución, que es una modificación del status quo existente; 2ª porque el régimen liberal es el instrumento de la opresión y el problema nacional implica la liquidación de la oligarquía como clase y la libertad frente al imperialismo.

La oligarquía apoyada por instituciones superadas por las circunstancias históricas, impone una tiranía que debe ser derribada junto con todas sus estructuras. La lucha por la liberación es, por lo tanto, revolucionaria, así como nacional y social.

3 - Los partidos políticos como tales están excluidos del Frente de Liberación.

Concretadas las características de la lucha y su profundidad como proceso de transformación, queda limitada también la extensión del agrupamiento de fuerzas que la llevarán a cabo. Si es una guerra "contra" el régimen, no podemos contar con los que combaten al gobierno "dentro" del régimen. Combatimos contra el sistema y no contra una de sus variantes.

Los partidos políticos por más violentamente opositores que se demuestren, integran la misma situación que denuncian, forman parte de ella. Son rebeldes tolerados, aunque ahora adopten el lenguaje de las fuerzas populares y quieran nutrirse de ellas. Con eso, distraen hacia escaramuzas sin importancia las tropas que deben concentrarse para la batalla central.

Los partidos no buscan la destrucción de las estructuras económico-sociales, sino que las defenderán contra el pueblo, como lo han hecho siempre. Si ahora se sienten re-

pugnados por las proscripciones, hay que recordar que esa táctica se inició con la tiranía militar, a la cual prestaron su apoyo incondicional, reservando algunas críticas anodinas para asuntos no fundamentales.

Integraron la Junta Consultiva, ese mamarracho que los propios tiranuelos militares despreciaban y sólo tenían en cuenta cuando se expedía como ellos querían, y allí intercambiaron sonrisas, zalamerías y bromas de solterona con el vicepresidente de facto, por sobre el cadáver de los argentinos fusilados por defender sus convicciones. En el seno de ese organismo dieron una inicial lección de fervor democrático, expulsando a los primeros que se manifestaron en desacuerdo con el golpe de palacio del 11 de noviembre.

La entrega al imperialismo no comenzó con Frondizi-Frigerio sino con los militares setembrinos. Pero entonces, los partidos nada dijeron. Ahora protestan contra el plan económico con sospechoso fervor de recién llegados al antiimperialismo y pretendiendo que el pueblo se olvide de que participaron en la revolución del año 30, que durante la "década infame" consintieron la entrega, culminando con la Unión Democrática bradenista y, diez años más tarde, con el festín de la revancha oligárquica.

Esos partidos son amorfos, vacíos de contenido. Lo cual no es una característica local sino fenómeno común en América latina. Son el producto de cien años de deformación colonial, en cuya órbita giran dócilmente.

El Partido Conservador -con su diversa nomenclatura- es tradicionalmente el representante directo del privilegio. Los conservadores son coherentes en el pensamiento y en la acción, actúan con total solidaridad de clase y aceptan con displicente cinismo cuanto convenga a sus intereses. La oligarquía conservadora del pasado tenía, dentro de su nefasta trayectoria, cierta grandeza y elegancia. La actual sólo ha conservado la rapacidad. El prurito de un conservador es considerarse "correligionario" de Churchill, de Eden y de McMillan (así como los socialistas se consideran "correligionarios" de Gaitskell y Bevan), de acuerdo con la modalidad extranjerizante de ver las cosas argentinas como reflejo de lo europeo. Eso lo convierte en un imitador simiesco, en un "guarango". Del conservador británico es un sirviente fiel, hábil para el manejo de los intereses coloniales. El inglés permanece fiel al sistema de democracia parlamentaria que le aseguró durante tres siglos el predominio económico del mundo. El argentino, después de copiar servilmente las instituciones anglosajonas, las desvirtuó sistemáticamente mediante el fraude, elevando el delito a forma de acción política.

Pero la oligarquía no actúa exclusivamente a través de los conservadores, sino que encuentra defensores -conscientes e inconscientes- en las demás agrupaciones políticas. Decir que el radicalismo es igual a los partidos conservadores sería incurrir en una simplificación demasiado grosera e ignorar, maliciosamente, el papel cumplido por la UCR en la historia política del país. Pero, a esta altura del desarrollo nacional, hace mucho que ha dejado de ser una fuerza de progreso para convertirse en el pilar de la

ideología liberal-burguesa y en un engranaje del sistema opresor. Con esto no estoy calificando a cada radical, ni siquiera a cada dirigente. Pero la política es una ciencia objetiva y un arte objetivo: ya sea que cada uno de ellos crea o no que la nebulosa retórica radical tiene alguna relación con la solución de los problemas nacionales, lo objetivo es que el Partido Radical viene luchando desde años atrás contra los intereses populares. Tal vez en esa fuerza política más que en las otras, el "idealismo liberal" haga prosélitos sinceros que actúan, en el mejor de los casos, como auxiliares de los verdugos.

El Partido Socialista forma, junto con los conservadores, la columna vertebral de la política colonialista. Cuando gravitaban en el movimiento obrero lo encausaron hacia la mansedumbre reformista, desviándolo de sus verdaderos objetivos como clase y enfrentándolo con las medidas que defendían la soberanía nacional. Ahora son los teóricos de los que el "Barrio Norte" entiende por "progresismo": por eso el asfalto los vota sin temor a que comprometan el orden social. Antiguamente, muchos jóvenes de familias no proletarias se hacían anarquistas o socialistas para luego, con los años, evolucionar hacia los partidos conservadores. El Partido Socialista actual les ahorra esa peregrinación.

Los programas que cada partido enuncia, son formulaciones que solamente tienen valor en la medida en que se traduzcan en el orden de los hechos políticos. Todos los partidos aparecen como objetivamente son, cuando confluyen a la Unión Democrática. La Unión Democrática es algo más que un caso circunstancial de acción política promiscua: es una posición ideológica proimperialista, pseudo democrática, extranjerizante, que señala la uniformidad real de los partidos por encima de los rótulos y enunciados diferenciadores. Las palabras-clave de la ideología liberal -"libertad", "democracia", etc.- hacen de mágico conjuro cada vez que hay que convocar bajo banderas extranjeras. Entonces los conservadores marchan con los radicales, las izquierdas con las derechas, suprimidas automáticamente las barreras doctrinarias artificiales. Así, fueron belicistas cuando las dos guerras mundiales, antiirigoyenistas en el 28 y en el 30, bradenistas en el 46, golpistas en el 55.

Cuando en diciembre de 1956 centenares de hombres y mujeres esperaban en la cárcel un acto de justicia que los devolviese a sus hogares, uno de los máximos representantes del conservadorismo habló por radio para demostrar, mediante invocaciones patrióticas y citas del evangelio, que no debía concederse amnistía. Un dirigente demócrata progresista afirmó que las cárceles del país no estaban pobladas por presos políticos sino por delincuentes comunes. También sostuvo que el imperialismo no existía: eso le valió la crítica de la juventud de su partido, la que, a su vez, fue llamada al orden por el comité central que se solidarizó con el orador revanchista.

Los socialistas, que todos sabemos que son mansos y maleables, se caracterizaron por el histerismo feminoide con que reclamaron más persecución.

La tiranía setembrina pudo encarcelar, torturar, fusilar y robar sin que los partidos políticos protestasen. No fue simplemente por oportunismo y cobardía, sino porque forman parte de la unión sagrada oligárquico-imperialista contra el pueblo y la patria. Desde la Junta Consultiva, los últimos trastos de cambalache político jugaban a representar al pueblo y servían a la revolución de los ricos contra los pobres.

Este inventario de infamias podría prolongarse durante muchas páginas, y no tiene por fin reavivar agravios sino demostrar el odio general de los partidos políticos por el movimiento popular. La adhesión a la oligarquía y la ferocidad contra lo popular es el punto de coincidencia.

Para la oligarquía, todo lo sucedido entre 1945 y 1955 fue un gran error, producto de la falta de educación del pueblo. A las masas no hay que darles libertad, sino educarlas para que en una etapa posterior sepan utilizar su libertad votando por los partidos del orden. Es la tesis común a las fuerzas de opresión. "Gleba electoral" dice un documento de las UCR-P, refiriéndose a la ciudadanía que los repudia sistemáticamente. Intelectuales y políticos quisieron imponer al pueblo una mentalidad de vencidos, apoyándose en teorías del resentimiento y del posterior sentimiento de culpa. Esa creación psicoanalítica, tan cara a los norteamericanos para explicar la actitud actual de los alemanes después del apoyo al hitlerismo, se trasladó a nuestra tierra junto con las leyes de "desnazificación". Borges expuso en conferencia la tesis que nos presentaba como un pueblo derrotado -lo que en verdad éramos- y con complejo de culpa, lo que era una creación de literatura fantástica. Américo Ghioldi desarrolló el tema, y aunque es un pequeño burgués positivista, no tuvo inconvenientes en citar a Jaspers, el filósofo de lo trascendente. Lo que no es extraño pues Jaspers coincide en que la masa es amorfa, vacía, irresponsable, con un bajo nivel de conciencia. La reconciliación del positivismo con el espiritualismo, del socialista con el defensor de la sociedad jerarquizada se realiza sin dificultades porque, en definitiva, ambos defienden lo mismo: las élites del poder económico contra la masa, tan ignorante que no vota por los socialistas. Sería muy fácil seguir agregando razones para demostrar que los partidos políticos tradicionales no forman parte del Frente de Liberación, por la sencilla razón de que están en la trinchera enemiga. No desean terminar con la opresión, sino cambiar la mentalidad de los oprimidos.

Pero aún en el seno de esos partidos repercute el grito angustiado de la nación en cadenas, y muchos abandonaron sus filas para venir a juntarse con los luchadores de la gesta nacional-libertadora.

4 - La composición del Frente de Liberación Nacional no puede ser un acuerdo de partidos.

Un Frente de Liberación Nacional no puede, pues, surgir de un acuerdo entre partidos. En esto es preciso destacar, la diferencia que separa nuestra concepción de la tesis comunista sobre la necesidad de un "gobierno de coalición democrática".

La opinión comunista es lógica desde el punto de vista de ellos. Razones diversas indican que no es previsible un triunfo más o menos inmediato del Partido Comunista en nuestro país, y siendo ese el único camino que admiten para solucionar integralmente los problemas, buscan crearse las mejores condiciones para actuar hasta que cumplan las etapas que consideran han de culminar con el triunfo mundial de su ideología. Por lo tanto, defienden con empeño el estado de derecho liberal burgués, cuya real vigencia daría libertad de acción a todas las fuerzas políticas.

Al mismo tiempo, el comunismo busca otros dos objetivos: 1) influir en el gobierno, a través de sus representantes en la coalición; 2) debilitar el Estado liberal burgués, mediante la atomización de la representación política. En febrero de 1956, Rodolfo Ghioldi propició el gobierno parlamentario, y dentro de ese orden de ideas está la consigna del gobierno "de coalición democrática".

La oligarquía también desea la representación proporcional, porque sabe que sobre la anarquía política y los mosaicos en que se divide la representación política, pueden influir los poderes económicos, que nunca actúan anarquizados.

El Frente de Liberación Nacional debe desentenderse de los detalles que se refieren a la forma en que se divida el poder político, por cuanto va al cambio de las estructuras. Busca la toma del poder para iniciar el proceso de emancipación nacional frente al imperialismo y la sustitución del régimen social por otras estructuras, donde la clase trabajadora tenga participación directa en las decisiones de gobierno.

5 - El reformismo.

Participar -aunque ello fuese posible- en el régimen que deseamos combatir sería adoptar el reformismo y abandonar la vía revolucionaria. El reformismo constituye la defensa de las instituciones que han caducado. Cuando esas instituciones entran en contradicción con la realidad social, cuando las nuevas fuerzas que aspiran al poder hacen valer imperiosamente sus reclamos, el reformismo cumple la doble función de frenar la dinámica dentro del campo revolucionario y de ofrecer paliativos para la situación en crisis. Pero el reformismo no es un elemento de la nueva organización social, sino un engranaje del orden de cosas que ha entrado en descomposición. Es una demostración más de que el hecho revolucionario es imprescindible, y aunque a veces pueda demorarlo, no lo evita, porque la coyuntura revolucionaria permanece sin modificar. Un país pobre debe superar sus problemas a costa del sacrificio común, que solamente puede lograrse cuando el sistema distributivo está orientado hacia el bien común.

6 - El Peronismo y el Frente de Liberación.

En la Argentina el advenimiento del Peronismo no solamente significó mayores salarios visibles e invisibles, mejores condiciones de trabajo, sino también una transferencia del poder social hacia los grupos inferiores de la escala social capitalista. La coyuntura actual indica que el programa no puede limitarse a esas conquistas, sino que debe ins-

taurar un nuevo orden social que supere al de la Constitución de 1853 y también al de la Constitución de 1949.

Eso no implica, como podría deducirse apresuradamente, que el Frente de Liberación Nacional constituya una superación del Peronismo. Por el contrario, el peronismo es parte insustituible y fundamental del Movimiento.

El Peronismo constituyó una revolución auténtica tanto en lo político como en lo económico y social. Creer que sus realizaciones consistieron -como sostienen algunos teorizantes de la oligarquía- en el aprovechamiento de las divisas acumuladas para crear una transitoria euforia económica de la cual se hizo participar a la clase obrera mediante la legislación del trabajo, implica desconocer el problema. En primer lugar, podría mencionarse que después de la otra guerra también hubo una acumulación de divisas, y sería bueno que los críticos del Peronismo estudien en qué forma se dilapidaron esas divisas, sin promover la industrialización del país ni mejorar el nivel de vida de los obreros. Pero las transformaciones operadas durante el gobierno de Perón fueron de fondo, pues se crearon mecanismos que aseguraban el control de la moneda, del crédito y del comercio exterior, mientras se fortalecía la central de trabajadores y se daba participación en las decisiones políticas y de gobierno. A partir del reconocimiento del carácter trascendental de esas realizaciones del Peronismo, postulamos que los nuevos problemas creados en el país y en el mundo requieren que ese espíritu revolucionario abandone toda complaciente contemplación del pasado para pasar a formas de acción y contenido programático que enfrenten la realidad dramática de esta nueva etapa.

El programa revolucionario de 1945 no puede ser el programa revolucionario de 1959, ni los métodos operativos tampoco pueden ser los mismos. En 1945, Perón dijo: "Empieza el gobierno de las masas populares". El sabe, mejor que nadie, que la vigencia del Movimiento está dada no por el apego a formas cristalizadas en un período dado, sino en su dinámica revolucionaria, que lo afirma como movimiento nacional-libertador.

7 - La clase trabajadora.

Al analizar el papel de la clase trabajadora en el Frente de Liberación, debe partirse del hecho concreto de que la lucha de clases existe y no se trata, como sostiene la reacción, de un invento comunista. El marxismo ha analizado el problema, pero no lo ha creado, porque la lucha de clases no es una teoría sino un hecho. Esto, que ha sido reconocido por la extrema derecha más esclarecida de los países europeos, constituye una herejía para la oligarquía argentina que, siempre "idealista", sostiene que la lucha de clases es producto de la prédica de los demagogos y los comunistas, y no una resultante del régimen social. Algunos pequeños maccarthys infiltrados en el movimiento popular difunden estos puntos de vista, contribuyendo a sembrar el divisionismo.

La lucha de clases no es un problema de sentimientos ni de ideas. Es algo concreto, resultante de la estructura económica. Por lo tanto, querer solucionar los problemas de ella derivados por medio de fórmulas conciliadoras es creer en la magia negra y ser tan reaccionario como los que niegan su existencia.

Hay que ir a la modificación de la estructura que provoca la lucha de clases y la opresión de la clase proletarizada. Esto no es un planteo comunista, sino un planteo real del problema nacional.. Dentro de las actuales estructuras no hay posibilidad de emancipación. Los terratenientes dependen de los intereses de Gran Bretaña. La burguesía industrial, en su mayor parte, está subordinada o deseando subordinarse al imperialismo y se apoya en él para acentuar su predominio interno. Como clase carece de empuje, y lejos de afirmarse como clase nacional -para lo cual contó con el impulso que dio el gobierno de Perón al desarrollo industrial- pactó sistemáticamente con la oligarquía vacuna y con las fuerzas colonialistas. La liberación nacional y la revolución social no son dos asuntos independientes o paralelos, sino un solo problema indivisible.

El estadio económico de nuestro país rechaza como utópica la solución de la dictadura del proletariado. Reducirse a la clase trabajadora sería asegurar la derrota del Frente de Liberación, reducirlo y paralizarlo en concesión a planteos teóricos o a infantilismos revolucionarios. Los trabajadores del campo, los estudiantes, la pequeña burguesía, parte de la burguesía industrial no dependiente del imperialismo son parte del Frente de Liberación. El proletariado tendrá papel fundamental como clase combativa y cohesionada, será el eje sobre el cual se apoyaran todas las fuerzas nacionales, la primera avanzada y el último valuarte de las reivindicaciones nacionales.

Los trabajadores argentinos están maduros para ello. Desde 1955 se les han tendido todas las trampas ideológicas y prácticas para eliminarlos como fuerza. Tanto la tiranía militar como el gobierno actual los han querido reducir al apoliticismo, encerrándolos en el círculo de hierro de la lucha por salarios y condiciones de trabajo. Al mismo tiempo, la oligarquía se asegura contra cualquier vía de escape proscribiendo a los partidos que agrupan a la gran mayoría de la clase obrera. Aparentemente están reducidos a la impotencia: los sindicatos, privados de tomar posición frente a los problemas nacionales; los obreros, impedidos de votar por los partidos que los interpretan. La clase dirigente cuenta con haberlos confinado a la mansedumbre gremial y a la opción entre las diversas fracciones reaccionarias que disputan el poder político.

Los trabajadores han eludido una y otra trampa. La primera insistiendo en los planteos políticos nacionales, aunque para ello deban llenar las cárceles de todo el país. Los trece puntos del MOU son una prueba de cómo el proletariado encara su responsabilidad frente al drama del país. En cuanto a la proscripción política, no hace más que acelerar el proceso revolucionario, descartando las débiles tesis reformistas de los triunfos parciales dentro del régimen de explotación. Al cerrarles los caminos comiciales la oli-

garquía gobernante pone de manifiesto que la democracia no esta identificada con el liberalismo sino todo lo contrario.

8 - Los estudiantes.

La juventud universitaria ha tomado rápidamente las posiciones que le aseguran un rol preponderante en la campaña emancipadora. La solidaridad obrero-estudiantil que en algún momento fue slogan de propaganda que no disimulaba el profundo divorcio entre el pueblo y el movimiento estudiantil, es ahora una realidad. El proceso no ha sido fácil, porque toda una retórica aparentemente revolucionaria e izquierdista servía , muchas veces, para determinar actitudes que eran, en la práctica, profundamente reaccionarias. No es esta la oportunidad de examinar las causas de este fenómeno - estimulado por las torpezas de la burocracia peronista- pero interesa destacar que al cumplirse el plan Prebisch-Alsogaray caen destruidas, junto con la soberanía y la riqueza nacional, los esquemas ideológicos artificiales. Quedan los intereses y los conflictos al desnudo, cobrando máxima intensidad. El agrupamiento ficticio, las postulaciones supuestamente progresistas desaparecen ante el dramatismo de los hechos. El estudiantado va, progresivamente, plegándose a las fuerzas del pueblo, que necesita de él.

9 - La cuestión del ejército.

Un filosofo afirmó que "los hombres aman en silencio las verdades peligrosas". El tema de las fuerzas armadas argentinas es una verdad peligrosa, que pocas veces se toca con plena sinceridad. Siendo el ejército un factor de poder, protagonista de tres golpes en el término de treinta años, un político tiene siempre la precaución de no cortar los puentes. Si lo critica se apresura a añadir alguna frase aclaratoria de que no combate a la institución ni a muchos de sus oficiales, sino a los directos responsables de la acción incriminada. También se deja a salvo la opinión de que dicha acción evidentemente no puede representar el sentir de la mayoría de los integrantes del Ejército, etc. Nunca falta la referencia a los méritos del pasado y a los grandes jefes, ni los consabidos votos por una rectificación que se reconoce como poco menos que inminente.

Un análisis de las formas que tomará la lucha del pueblo por la liberación nacional no puede eludir el tema del ejército, ni presentarlo con moños y cintitas que disimulen el pensamiento. Las fuerzas armadas no son una categoría ideal, rodeadas de determinados atributos que forman parte de su esencia. Son instituciones humanas, que actúan para bien o para mal, de acuerdo con los hombres que circunstancialmente están al frente de ellas. El ejército argentino no es mejor ni peor que los hombres que lo componen. Los méritos y la tradición heroica, tienen importancia actual solo en cuanto marquen una línea de conducta que se mantenga. Si afirmo que desde 1955 el ejército es la guardia pretoriana de la oligarquía, el brazo armado del privilegio económico, no estoy cometiendo una irreverencia ni tengo que aclarar que no me estoy refiriendo al ejército de San Martín. Si hablo de los asesinos, estoy pensando en Quaranta y no en Baldrich, en Aramburu y no en Savio, en Osorio Arana y no en Mosconi. Es decir contemplar al ejército objetivamente y mi juicio alcanza sólo su actuación durante la etapa

mencionada. De la misma manera que los tribunales de honor que se ensañaron con los jefes de la era peronista, no intentaban infamar a la institución sino a esos jefes.

El ejército puede ser instrumento de liberación o de esclavitud. No hay ningún determinismo histórico -ni siquiera de clase- que pueda anticiparnos la respuesta para un período dado. Juzgar a todos los militares argentinos por las acciones de algunos jefes es injusto; también lo es circunscribir a esos jefes la responsabilidad, y máxime cuando hace años que estamos acostumbrados a ver que las guarniciones actúan como soviets que formulan planteos y fuerzan decisiones.

Hay ciertos factores determinantes de una actitud nacionalista en los Ejércitos sudamericanos, factores que van desde el peso de la tradición en las guerras emancipadoras, hasta la necesidad de fomentar la industria pesada. Pero el Ejército argentino hace tiempo que está enfrentado al pueblo y a los intereses nacionales. Contaminado con la deformación idealista del aparato de propaganda oligárquico imperialista, considera la patria como algo descarnado de la realidad, independiente del hombre argentino. La patria está en las arengas, en las formas exteriores del culto castrense. Los millones de hombres y mujeres que sufren y trabajan son masa ineducada, o enemigos potenciales, cuando no comunistas agazapados para destruir los valores espirituales de la Nación.

¿Hasta cuándo persistirá este equívoco, este trágico divorcio entre pueblo y fuerzas armadas? Formular la pregunta es ya insinuar la esperanza de una rectificación en la conducta antipopular de las instituciones militares. Cosa que no ocurrirá porque en forma más o menos caprichosa cambien de modo de pensar sus oficiales superiores. Dejando de lado el pequeño núcleo que comparte con la oligarquía el desprecio por el pueblo, es posible que una parte importante de la oficialidad imponga otros rumbos, pero solamente cuando comprendan que la soberanía nacional no consiste en mantener el status quo actual sino en quebrarlo participando activamente en la lucha anti-imperialista. Cuando vean que esa tarea no es función de las élites del poder sino de todas las fuerzas nacionales. Es decir, cuando vean que la cuestión nacional no tiene solución sin resolverse revolucionariamente la cuestión social. Cualquier política que se aparte de este planteo se vuelve, automáticamente, antinacionalista, porque identifica la patria con los intereses de un pequeño sector privilegiado y antinacional. Tal vez ya estén pensando que por algo es que sus bayonetas siempre están apuntando al pecho de sus hermanos.

Una cosa es esperar que las fuerzas armadas -al menos el sector con sentido nacional-integren, en algún momento, el Frente de Liberación Nacional, y otra muy diferente propiciar el golpe militar. Los grupos que luchan por el poder dentro del régimen imperante cultivan los contactos cuarteleros y, quien más quien menos, han depositado su confianza en tal o cual hombre de espada. Muchos militantes de los movimientos populares también confían en golpes salvadores. El "golpismo" es una psicosis perfectamente explicable en momentos de angustia. Ofrece soluciones fáciles y rápidas, cambios fulminantes que se abren de la noche a la mañana.

Hay en el ambiente golpes paralelos y golpes coincidentes, golpes organizados por animales fabulosos y multicolores y golpes preparados por sigilosas hermandades castrenses. Tal vez alguno de ellos encierre el secreto de alivios bienhechores.

El gobierno de Frondizi ha vivido en la zozobra de una serie de conspiraciones, mediante las cuales el sector reaccionario le ha dictado una política que contradice su programa electoral. Un nuevo golpe que pusiese término a este estado de cosas gozaría del beneplácito general. Pero, cualesquiera sean las probabilidades de que eso suceda, el golpismo debe ser desterrado como forma de lucha en un Frente de Liberación. Distrae energías de los esfuerzos fundamentales, alienta esperanzas siempre postergadas, ofrece engañosos atajos que paralizan la actividad más larga, más penosa y más complicada de la rebelión popular.

10 - El programa revolucionario.

Las formas de la lucha surgirán de los propios acontecimientos como respuesta a los obstáculos que oponga el enemigo. Desde las acciones cuidadosamente planificadas hasta aquellas que surjan de la iniciativa y el ingenio de la masa. El imperialismo no es invencible, como pretenden los pusilánimes y los que carecen de sentido heroico de la vida. La historia no conoce fatalismos, porque es el producto de la voluntad humana. Y un pueblo dispuesto a luchar por su liberación tiene inagotables reservas de energía. Al agruparse en un Frente Nacional de Liberación ubica a sus enemigos y a sus amigos, y determina los objetivos mediatos e inmediatos. Las fuerzas de represión se anarquizan en la medida en que el frente de Liberación se coordina y cobra empuje hasta volverse invencible.

Los esfuerzos parciales serán destruidos uno a uno. Una fracción, por más bien intencionada que fuere, que tomase el poder, sería luego impotente frente al problema argentino. El imperialismo exacerbaría los conflictos y armaría el brazo de los cipayos. La maquinaria montada desde 1955 resistiría con la inercia y el sabotaje.

Las fórmulas intermedias de un grupo -militar o no- buscando transacciones con el pueblo e intentando conciliaciones imposibles en el terreno económico estarían condenadas al fracaso. Una política semejante tendría algún sentido en épocas de expansión, en que el producto nacional permite márgenes de mejoramiento en el nivel de vida de las clases explotadas sin alterar sustancialmente las estructuras de explotación.

Sobre el pueblo recaerá el peso de la liberación, donde el peronismo y la clase obrera tomarán decididamente el papel que les asigna la historia. El pueblo será también el que cumpla el programa revolucionario antes y después de tomar el poder, sabiendo

que será el beneficiario directo de los progresos y participante directo en la planificación y en la conducción del gobierno.

A la política de abandono del control del comercio exterior y del sistema bancario, hay que oponer una política de nacionalizaciones, actualizada y aplicada directamente a la actual realidad. A la política de desarrollo industrial bajo la hegemonía del imperialismo, debemos oponer una política de desarrollo armónico sobre la base del desarrollo industrial independiente.

La oligarquía terrateniente es el enemigo jurado del pueblo y de la nación. Debemos levantar con audacia revolucionaria un gran programa de reforma agraria, que en los hechos signifique la expropiación de la oligarquía parasitaria y su eliminación como clase.

Frente a la política de sometimiento al imperialismo occidental, debemos reivindicar la política de tercera posición, solidaria con los pueblos oprimidos de todo el mundo, y mantenernos alejados de los bloques alineados para la guerra fría o la guerra caliente.

Un plan así solo puede ser defendido por el pueblo y cumplido por el pueblo. Ningún partido, ninguna clase, ningún grupo puede por si solo encarar los gigantescos escollos técnicos y operativos que presentaría.

Cualquier Movimiento de Liberación que intente cumplir ese programa será atacado desde adentro y desde afuera. Las internacionales del imperialismo lo señalarán como antidemocrático y como totalitario. Seguramente hasta afirmarán que es comunista.

Pero destruir a la oligarquía es, en realidad, defender la nación. Cambiar las estructuras liberal burguesas por otras que aseguren el justo reparto del producto social, significa dar contenido nacional a la revolución haciendo de la patria la tierra. Romper las ligaduras imperialistas implica restaurar una unidad real y encarnada en la tierra y en el hombre de una soberanía en plenitud.

El liberalismo no es un hecho natural, como dicen los reaccionarios, sino un hecho histórico. Al combatirlo no se entra en pugna con ningún valor ético ni religioso, sino con los armazones ideológicos erigidos por los privilegiados para defender su condición de tales. El régimen liberal debe ser desalojado por la violencia porque se mantiene por la violencia. Se mantiene por una violencia clasista, persecutoria, revanchista. La violencia del hecho revolucionario popular no es revanchista ni se ejerce contra las ideas y los hombres sino contra los obstáculos que impiden la plena libertad del hombre y la plena soberanía de la nación.

El liberalismo invoca elementos idealistas para subsistir, pero es en realidad una filosofía tan materialista como el marxismo, porque esta basado en el mantenimiento de situaciones que son estrictamente económicas. Ataca al materialismo comunista, pero glorifica su propio materialismo basado en el incentivo de la ganancia y en la explotación del capital.

La revolución del Frente de Liberación Nacional es por su esencia humanista, porque entronca con las más puras tradiciones de la patria, porque concibe a la nación y a Latinoamérica viviendo en total soberanía y porque concibe un hombre libre en una tierra libre.

APUNTES PARA LA IDEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Grupo: Acción Revolucionaria Peronista (ARP) 1960

La Revolución Cubana no solamente es fuente de dolores de cabeza para sus enemigos sino que, también lo es para algunos de sus partidarios. Me refiero a que, por un innato sentido del orden, muchos desean las cosas bien clasificadas y empaquetadas, con su etiqueta y su rubro. Y el proceso de Cuba no solamente ha sido cambiante a influjo de las condiciones externas e internas, sino que en cada una de sus etapas ha escapado a las tentativas de encasillarlo en denominaciones político-sociológicas.

Claro que para el imperialismo y sus servidores — tanto los conscientes como los inconscientes— fue fácil afirmar, en cuanto el gobierno de Fidel Castro se salió de los límites del reformismo burgués, que se trataba de "comunismo". Con eso los poderes plutocráticos se consideran autorizados para sus agresiones y, automáticamente cuentan con la complicidad o la anuencia táctica de las buenas gentes que se estremecen al conjuro de la palabra mágicamente macabra: en nombre de la lucha contra el comunismo se puede torturar, encarcelar, robar y explotar, porque entonces esos actos dejan de ser repugnantes para transformarse en expresión del más puro espiritualismo. Pero en estos casos estamos fuera de la ciencia social y nos movemos dentro de las fórmulas de la estrategia de guerra de los explotadores. Me interesa ocuparme de quienes analizan con buena fe y un mínimo de espíritu científico lo que ocurre en esta isla.

Sartre fue el primero que, en su visita del año pasado, comprendió la futilidad de querer encajar la Revolución Cubana en moldes preestablecidos. Su artículo "Revolución e Ideología" explicaba, precisamente, que las medidas de gobierno respondían a problemas concretos de la realidad nacional y no a construcciones ideológicas preestablecidas. Quienes no leyeron ese artículo —o no se dejaron convencer por él— suelen debatirse en perplejidades insolubles. ¿Capitalismo? ¿Capitalismo de Estado? ¿Socialismo? ¿Comunismo? Es fácil eliminar calificaciones, pero imposible aplicar una de ellas con justeza. En cuanto a las "tendencias", a la línea directriz que seguía el desarrollo cubano, tampoco servía para una determinación precisa: tengamos en cuenta que los ataques de los EE.UU. han forzado la adopción de muchas medidas que respondieron a estímulos objetivos y concretos y no a tendencias ya dibujadas. De tal manera que cada estudio y la calificación resultante sólo ha podido, en todo caso, reflejar un momento dado de un proceso cambiante y que desafiaba con su fluidez estas fijaciones académicas.

Todo lo cual no significa que estemos propugnando el desdén hacia el estudio metódico de la Revolución, ni la resignación a estar circunscriptos a un puro pragmatismo. Simplemente prevengo contra los errores de un procedimiento que intenta encerrar la Revolución en algunas categorías predeterminadas y luego, si la correlación no es exacta, imputarlo a desviaciones de tipo ideal.

A esa falla metodológica no escapan muchas construcciones que aplican versiones rudimentarias del materialismo dialéctico: es así como vemos muchas veces, que con

ribetes científicos nos presentan verdaderos bodrios donde la realidad es metida "a patadas" en el cepo que se le destinó de antemano.

Eludiendo esos peligros es como se puede hacer un examen correcto del desarrollo revolucionario en Cuba.

Apunto algunos datos para ese examen. En primer lugar, tengamos en cuenta que Fidel Castro, en el proceso que se le siguió después de su fracasado asalto al cuartel Moncada, enunció un programa donde estaban las ideas básicas que luego constituirán los objetivos de su gobierno. Pero allí no está formulada la política que permitió que se cumpliesen esos propósitos. Entre ambas fases —del programa a la política— mediaron muchas cosas. Lo que sí está dado desde el primer momento es lo que señala la superioridad de Fidel sobre todos los hombres políticos de su país, el requisito fundamental para cumplir su plan: el abandono del electoralismo y de las vías reformistas de la semilegalidad. Sin eso, el desarrollo ulterior resultaba imposible.

La contradicción fundamental estaba expresada en Cuba por la antinomia Nación-Ejército, desde que las fuerzas armadas asumieron el gobierno mediante el golpe de Batista en 1952. Fidel Castro entabló lucha contra el Ejército y logró derrotarlo, pero en ningún momento perdió de vista que los partidos políticos tradicionales —aún los que estaban de acuerdo en combatir a Batista— no eran sino una alternativa del régimen oligárquico-imperialista causante del subdesarrollo y la miseria cubanas. Al caer Batista, la embajada norteamericana intenta suplantarlo con un gobierno encabezado por el Presidente del Tribunal Supremo (recordemos la vieja versión oligárquica de "El gobierno a la Corte!") pero Fidel no cae en la trampa y decreta la huelga general, mientras da orden a Camilo Cienfuegos y al Che Guevara que entren en La Habana y ocupen las posiciones claves.

Fracasada esa artimaña, los elementos de la política tradicional ocupan cargos principales en el nuevo gobierno, que preside Urrutia con Miró Cardona — elemento de la embajada yanqui— como primer ministro. Entonces comienza una lucha que existía en el seno de las fuerzas triunfantes el 1° de enero. Por una parte, los elementos reaccionarios que se conformaban con volver al constitucionalismo pre-batistiano; por otra, los luchadores de la Sierra Maestra, que habían triunfado mediante la unidad de los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía y que deseaban establecer nuevas estructuras sociales.

Este conflicto no había nacido espontáneamente en la mente de sus protagonistas. Era el resultado del enfrentamiento de las fuerzas partidarias del statu quo con los hombres que habían bajado de la Sierra. Entre el desembarco del Granma y la victoria se había producido un fenómeno de interacción entre los dirigentes revolucionarios y la masa: los jóvenes que llegaron con Fidel enseñaron a los campesinos la forma de luchar contra la explotación, y aprendieron de los campesinos cuáles eran los verdaderos problemas de las clases oprimidas y las formas de resolverlos. Los políticos querían reforma agraria sin quitar tierras a nadie; los revolucionarios sabían que eso era una estafa a las esperanzas populares. Como el ejército profesional había sido disuelto por Fidel, éste pudo apoyarse en el pueblo y en el Ejército Rebelde —que estaba integrado

por campesinos— y sancionar la auténtica reforma agraria, previa eliminación de los conservadores que ocupaban puestos en el gobierno.

El latifundio expresaba los intereses del imperialismo y frenaba la industrialización al no permitir la creación de un mercado interno. El problema nacional, el carácter anti-imperialista de la Revolución, tenía que resolverse también en una revolución social. La burguesía cubana —casi en su totalidad dependiente de Estados Unidos— se pliega desde el primer momento al imperialismo, de cuya omnipotencia no tiene dudas. Su sabotaje forzará la nacionalización y el control de las empresas, mientras que las agresiones yanquis obligan a adoptar medidas de represalia que liquidan los intereses de sus consorcios en la isla. En un país de escaso desarrollo capitalista como Cuba, la consecuencia es que ya el 80% de los obreros no trabajan para un patrón sino para esas empresas estatales, cuya dirección, vigilancia y control, han asumido ellos mismos.

Si se agrega que en el campo la producción es cooperativa en una proporción estimable, y a cargo de pequeños propietarios en otra también importante, vemos que los sectores fundamentales de la economía están fuera de las relaciones capitalistas.

No estamos ante una opción previa y libre. Las circunstancias —tanto las que existían al producirse la Revolución Cubana, como las determinadas posteriormente por la defensa ante enemigos internos y externos— determinó (o en todo caso aceleró) las modificaciones estructurales. La burguesía acompañó una etapa de la lucha, la lucha contra Batista, pero enseguida entró en colisión con la parte fundamental de las fuerzas nacional-liberadoras: la alianza obrero campesina y la pequeña burguesía, alianza cuyo intérprete principal es Fidel Castro. La burguesía buscaba un retorno al formalismo democrático capitalista, del cual estaba privada por la dictadura de Batista; las fuerzas liberadoras luchaban por emanciparse del imperialismo y de la oligarquía nativa. Ambas aspiraciones no eran compatibles, pues el sistema del liberalismo burgués aseguraba la supremacía de los poderes económicos locales y foráneos, que solo pueden destruirse por medios revolucionarios. Fidel Castro pudo liquidar los intereses antinacionales porque cuenta con el apoyo de las masas.

Y quien piense que esto no es democrático, que responda al reto de Fidel, y entregue, como él lo ha hecho, las armas a las milicias de obreros, estudiantes, campesinos, empleados, profesionales.

Raúl Castro ha explicado, en discursos, la evolución ideológica producida en los hombres de la Revolución como resultado de la convivencia con obreros y campesinos durante la lucha armada. El Che Guevara, en una exposición medular, ha dicho que si las realizaciones de la Revolución tienen carácter socialista, ha sido porque al encarar soluciones prácticas al drama cubano, los revolucionarios descubrieron leyes marxistas. O sea, que no se busca aplicar un sistema apriorístico, sino emplear los recursos más efectivos para reclamos concretos de las necesidades cubanas. De la misma forma que, en el curso de la guerra de guerrillas, aplicaron principios y leyes que luego descubrieron hablan sido empleadas anteriormente por Mao Tsé Tung.

Tal vez esto desilusione a los que solamente conciben revoluciones proyectadas con regla T, escuadra y tiralíneas, y provoque el escepticismo de quienes están informados por la SIP de que únicamente a rasputines soviéticos se les puede ocurrir preconizar la doctrina maldita de la liberación nacional. En cambio, las palabras de los líderes cubanos serán de utilidad para los que no se debatan en la esterilidad perfeccionista ni tengan su cerebro lavado por la propaganda imperialista. Porque si algo resulta claro, es que la revolución no requiere complicadas erudiciones sino fe en el pueblo y convencimiento de que los instrumentos de la opresión no pueden ser los de la libertad. O sea, que el régimen liberal burgués sirve para engendrar presidentes sumisos al privilegio, parlamentos de cotillón y jueces sordomudos: otros han de ser los instrumentos que nos liberen, que servirán para liberarnos y convertirnos en nación soberana habitada por hombres libres.

John W.Cooke

La Habana, noviembre de 1960.

FUENTE: Militancia peronista para la liberación, Nº 15

APORTES PARA UNA CRÍTICA DEL REFORMISMO EN LA ARGENTINA

Acción Revolucionaria Peronista (ARP) 1961

Estos dos trabajos resumen nuestro planteo de la situación argentina. El primero es un análisis de la posición del Partido Comunista Argentino, preparado en 1961, para conocimiento del cro. Fidel Castro. Al no poder cumplir ese propósito, y como su índole excluía toda difusión de su contenido, esto solo fue conocido por dos compañeros comunistas extranjeros a cuyo requerimiento fue redactado; la entregué al comandante Che Guevara. Allí están consignadas nuestras discrepancias fundamentales con el PCA y se exponen las razones de la línea que proponemos. El tiempo transcurrido y los acontecimientos posteriores en la Argentina no quitan valor a ninguna de aquellas premisas sino que, creemos, las reafirman. Por eso lo hemos dejado tal cual estaba.

La conclusión general de este trabajo era postular una política insurreccional, a la cual debían subordinarse todos los movimientos tácticos, incluidas las posiciones que se adoptasen frente a los comicios de fines del '61 y marzo del corriente año. Nuestro escepticismo sobre la posibilidad de llegar a la unidad por los caminos que proponía el PCA fue confirmado por el fiasco del candidato de la "unidad" en Santa Fe, doctor Alejandro Gómez, que solo obtuvo 40000 votos sobre un total de casi un millón de sufragios. Pese a que el PCA quiere capitalizar para el doctor Gómez el prestigio de la Revolución Cubana, los restantes movimientos fidelistas -PRAN (Peronismo Revolucionario de Acción Nacionalista), Partido Socialista Argentino de Vanguardia (secretario Tiefertemberg), Movimiento de Liberación Nacional (Ismael Viñas, Sra. de Guevara) - constituyeron otro frente, que retiró sus candidatos y votó al candidato Peronista, que obtuvo 240000 votos. De ese episodio las fuerzas de izquierda salieron más divididas que antes, al punto que hubo un serio enfrentamiento entre comunistas y socialistas argentinos, que venían actuando en común.

No es de extrañar, así, que en los comicios de marzo ultimo el PC tuviese que aceptar una unidad que consistió lisa y llanamente en su apoyo -lo mismo que los Socialistas de Vanguardia y demás partidos de izquierda- a los candidatos Peronistas. La decisión fue, en sí, auspiciosa y correcta. Pero la insistencia constante del PC en plantear erróneamente la unidad dio motivo a que solo le quedase abierta esa forma de unidad inorgánica, circunstancial. Paradójicamente el PC tuvo que decidirse por el movimiento de masas, pero en condiciones en que, dentro de este, favorecía a los sectores mas politiqueros y reaccionarios, recibiendo ataques de muchos de los candidatos que estaban obligados a votar.

La unidad, tal como la concibe el PC, es imposible e inaceptable; la unidad a que se llegó es la variante menos favorable a la izquierda. Entre uno y otro extremo hay una gama de gradaciones posibles y eficaces, que dependen no solamente de las circunstancias sino de la habilidad con que proceden los comunistas y los pequeños partidos

que ellos controlan. La batalla definitiva por la unidad se dará en el seno del Peronismo pero influirá la actitud de las fuerzas de izquierda, cuyos aciertos facilitarían la lucha de los elementos revolucionarios por el control del movimiento. Y, simultáneamente, la unidad férrea y permanente solo será factible en la medida en que gravite internamente el ala izquierda Peronista.

El segundo trabajo parte de que la estrategia de masas debe ser insurreccional y entra en aspectos concretos a desarrollar. No es un recetario de fórmulas infalibles para tomar el poder ni un plan que pretenda prever las varias etapas de la lucha y la táctica adecuada a cada una de ellas. Pero sintetiza las bases de esa política revolucionaria y encara los pasos iniciales.

¿LUCHA LEGAL O INSURRECCIÓN?

Este Trabajo es un análisis crítico tendiente a demostrar que la línea del Partido Comunista Argentino no contempla las urgencias de esta hora dramática para la Nación y decisiva para Latinoamérica. La revolución socialista en Cuba crea condiciones para la unidad y el avance de las fuerzas revolucionarias del continente; al mismo tiempo, agrava las consecuencias de este error hasta un límite que no está condicionado por la gravitación del Partido Comunista como agrupación política interna sino por su calidad de representante oficial del socialismo mundial.

Esto determina el sentido de nuestra crítica, despojándola de la virulencia y carácter público que tendría si enjuiciásemos actitudes similares de fuerzas circunscriptas al ámbito local; porque lo que nos interesa de los desaciertos que señalaremos no es que no favorezcan en la lucha por la dirección de las masas sino que provengan del partido que, por su condición de socialismo "canónico", es obligado participante del proceso liberador y factor de su retardo o aceleramiento.

El razonamiento que expondremos supone, para fundamentar que el PCA propugna un curso de acción en pugna con la correcta aplicación de la teoría marxista, la mención de los antecedentes que la originan y las causales de ese reiterado fallo metodológico.

La táctica del PCA puede resumirse así: "formación de un frente democrático nacional, base de sustentación en un futuro próximo de un gobierno de amplia coalición democrática."(V.Codovilla 5-5-61). Los medios de lucha implican la coalición electoral, apoyando a candidatos y/o partidos progresistas y a la presión de masas contra la política proimperialista y antipopular del gobierno.

Está descartada, en cambio, la acción insurreccional, por no existir condiciones objetivas; sin perjuicio de que, si en el curso de la lucha por el pleno restablecimiento de las libertades públicas, dichas condiciones apareciesen, podría entonces recurrirse a formas violentas para tomar el poder; mientras eso no ocurra, la incitación a la violencia

es provocación que desata la saña persecutoria y disminuye el margen de legalidad. Así podrán solucionarse los problemas de la nación, mediante la "revolución democrática, agraria y antiimperialista".(V.Codovilla).

¿Están esos planteos de acuerdo con los intereses populares y nacionales en esta etapa histórica de la Argentina? Sostenemos que no.

Como el marxismo es una "guía para la acción" que debe aplicarse teniendo presentes las circunstancias de tiempo y lugar, ninguna circunstancia puede defenderse ex nihilo, sino en relación con la condicionalidad histórica que se tiene en vista. Ese principio nunca lo olvidan los comunistas argentinos cuando se trata de enfriar los entusiasmos insurreccionales que despierta el triunfo de Fidel Castro. Y nosotros nos cuidaremos muy bien de no prescindir de él al fundamentar que la lucha insurreccional es la única salida para los problemas nacionales. En ninguna forma intentamos un trasplante mecánico de los procedimientos de Cuba, ni juzgamos nuestras condiciones por las que allí imperaron durante el proceso libertador. (Un artículo del comandante Guevara en Verde Olivo analiza a fondo la cuestión, deslindando lo que pueda ser particularismo cubano de aquello que constituye ejemplo para toda Latinoamérica.)

Partimos de que cada hecho histórico tiene un carácter distintivo, que autoriza a decir que es único; sabemos también que la actividad humana, por notable que sea, no puede exceder el marco del condicionamiento histórico-social. Intentamos eludir todo vestigio de mecanicismo en el caso Cuba y toda deformación que nuestros sentimientos tiendan a introducir en el escrutinio de los factores en juego. En otras palabras, no admitimos que las tesis insurreccionales tengan origen pasional (queriendo significar que no resistirían el examen que las confronte con la actualidad del país.)

Pero esa debilidad la encontramos, en cambio, en la posición del PCA, en la que vemos el arraigo a otras del pasado. El rasgo común en todas ellas es que provienen de esquemas teóricos en donde pretende encerrarse una realidad vivida y cambiante. Creen que los partidarios de la insurrección imitamos a Cuba simiescamente. Pero no reparan en que hace treinta años que los comunistas argentinos se copian a si mismos.

El Frente de Amplia Coalición Democrática que desemboque en el gobierno de amplia coalición democrática es la táctica permanente que parece servir para todas las circunstancias. En el año 1936, la solución correspondió a la táctica de los Frentes Populares; desde entonces es una receta invariada, con pequeñas modificaciones de enunciado, con Dimitrov o sin Dimitrov, pero aplicable a cualquier fin que se persiga. En la práctica, los llevó a la alianza con las peores fuerzas y los alejó del pueblo en cada episodio decisivo.

Lenín, que captaba cada pequeña variante de la historia, decía: "Ocurre con harta frecuencia que cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan

pasar un tiempo mas o menos largo antes de orientarse ante la nueva situación creada, repitiendo consignas que si ayer eran exactas, hoy han perdido ya toda razón , tan súbitamente como súbito es el gran viraje de la historia." Desde 1935 hasta la fecha, la fisonomía de la Argentina cambió, se modificó su sistema productivo, la composición social de la población, la correlación de clases, etc., etc. Lo único que ha permanecido fijo atemporalmente es la consigna que comentamos, que no sufre el efecto ni de los "virajes violentos" ni de los virajes que ya tienen sobrada perspectiva histórica como para ser escrutados en todas sus consecuencias.

Esto es una crítica constructiva y no un memorial de agravios contra un adversario, así que nada que se diga lleva intención aviesa. Pero en la medida en que asignamos importancia a la función que debe cumplir el PCA en la lucha de liberación, debemos prescindir de los pasos de minué y plantear con claridad lo que consideramos sus errores.

Seria incompleta la afirmación de que el frente propuesto "no toma en cuenta las nuevas circunstancias" ; la verdad es que tampoco tuvo en cuenta "las anteriores" circunstancias. Si en alguna de las oportunidades propuestas pudo haber cumplido un fin útil, es materia de especulación literaria. Lo cierto es que cuando funcionó en alguna forma, el PCA estuvo en la vereda de enfrente de las masas.

Pero ahora ya es totalmente obsoleto. Además de impracticable -cosa que nadie puede afirmar sin incurrir en cierto grado de agorería- es inocuo para los fines propuestos. Es demasiado amplio, demasiado vago, demasiado impreciso y no da solución a los problemas fundamentales. Carece, por lo demás, de atractivo para las masas; es un frente de superestructura que, de ser factible, solo serviría para usufructo de políticos burgueses con veleidades progresistas.

Ese frente, ¿para qué sirve?

Admitamos que ese agrupamiento posea posibilidades mágicas que nuestra intuición no alcance a captar, y tenga perspectivas de constituirse. Entonces preguntamos: ¿un frente para qué? Y nos encontramos con el primer golpe de la realidad: las masas argentinas no se movilizarán detrás de soluciones electorales, en las que no creen.

Fronzizi tuvo, al menos, el mérito de matar las ilusiones electoralistas. Todas las fuerzas "democrática, populares y nacionales" lo votaron en base a un programa de izquierda moderada. Mientras el Peronismo, después del triunfo negaba que Fronzizi pudiese dar soluciones de fondo, aunque si crear condiciones para cambios profundos en caso de cumplir el programa prometido, el PC proclamó que "con Fronzizi, el pueblo entró a la Casa de Gobierno". Lo importante no es confrontar esa disparidad de apreciaciones (aunque es extraño que el partido mayoritario no tenga afecto por la legalidad que le aseguraría el poder), sino poner de relieve que la masa popular votó "contra el continuismo de Aramburu-Rojas". Y que cualquier esperanza remanente, se desvaneció un mes mas tarde. Al ser declarados fuera de la ley el partido Peronista y el

comunista, se demostró que la oligarquía solamente daría "estado de derecho" hasta el límite en que no estuviesen en peligro sus privilegios. El pueblo lo sabe, los comunistas lo saben, ¿A qué entonces, ponemos a restablecer esperanzas en los comicios?

En la Capital federal pudo darse el caso de que Alfredo Palacios, utilizando las banderas de la revolución cubana y de la libertad a los presos políticos, triunfase. Saquemos del episodio todo el dividendo propagandístico que podamos, pero no nos autoengañemos. En ese distrito, las fuerzas son mas parejas entre los partidos: un vuelco en algunas barriadas Peronistas, sumado al voto de los comunistas, permitió resucitar la momia. El resultado es que, mediante eso, se fortaleció el ala reaccionaria del Partido Socialista Argentino, que acaba de expulsar, por pro soviéticos, a los grupos que dieron contenido popular a esa candidatura. Pero, electoralmente hablando, tengamos en cuenta: 1) que Palacios tiene simpatías entre la burguesía de la Capital, así que el aporte adicional de votos populares le dió el triunfo; en otros lugares, no se movilizaban las masas detrás de ningún mamarracho, aún cuando simule adhesión a causas simpáticas; 2) costó un gran esfuerzo evitar que Palacios repudiase el apoyo de los comunistas, que hicieron su campaña con el lema "Apoye a la revolución Cubana votando a Palacios", en contra de la voluntad del candidato; 3) que sin que viniese a cuento, Palacios acababa de hacer una declaración "contra el imperialismo soviético", para demostrar que sigue siendo "democrático". Eso en cuanto a la elección en la Capital, que tuvo características especialísimas. Algún partido nuevo con plataforma "progresista" podrá obtener muchos votos. Pero en ningún caso arrastrarán a las masas. Cuando más sacaran algunos legisladores, y con eso no pasa nada.

Si por algo decimos que el pueblo trabajador argentino esta politizado, es porque no cree en las tonterías de la democracia "representativa". Los Peronistas vivimos diez años inculcándoles esa idea, y otro tanto hicieron los marxistas. Y ahora que ese Pueblo sabe que no puede esperar nada de los partidos burgueses ¿vamos a restablecerle la fe perdida y tratar de demostrarles que por medio de las elecciones se alcanzaran los fines revolucionarios que terminen con la explotación y el imperialismo? ¿Es que acaso nosotros lo creemos?

Se dice, como argumento, que un gran triunfo electoral promovería la acción de los grupos mas reaccionarios del ejército, con la contrapartida del descontento general que podría llegar hasta desembocar en condiciones para otro tipo de lucha. Ese razonamiento es demasiado tortuoso para nosotros. Porque significa aceptar que la proscripción del partido mayoritario y del Partido Comunista, la persecución a los obreros, las torturas, el Plan Conintes, etc. no bastan para estimular la rebeldía y demostrar que "dentro del régimen" el pueblo no puede llegar al poder: pareciera que el pueblo recién se enardecerá cuando perjudiquen y hagan trampa a los burgueses. ¿Así que tenemos que tratar de restaurarle la confianza en las elecciones, hacerle aceptar candidatos más o menos burgueses para que, en caso de triunfar, se sienta otra vez burlado y busque salidas no pacíficas? Esa sutileza escapa a nuestra percepción; es como si para demostrarle a un ateo que la idea de la trascendencia es falsa le inculcamos la fe

católica y después lo ponemos en contacto con los prelados para que vea que son servidores de las malas causas y se desilusione. Siempre tendremos lo mismo que en el primer momento: un ateo (pero tal vez un poco más cansado.)

Hay un razonamiento supremo en abono de la coalición electoral: como las elecciones son inevitables, y la gente tiene que votar y está cansada del voto en blanco, hay que procurar que no se fortalezcan las fuerzas más reaccionarias, y triunfen candidatos que merezcan más confianza. No creemos que sea tan sólido el razonamiento. En primer lugar, porque como vote la gente carece de importancia: ese sufragio desgastado no expresa una voluntad combativa. Luego, porque en muchas partes la única manera de triunfar será optando entre los dos radicalismos que son otras tantas variantes de la infamia. Les daremos consagración de "populares" a los politiqueros, siempre rápidos en defender verbalmente las buenas causas que arrastran votos.

La objeción fundamental es que iremos al juego de la oligarquía, allí en el terreno donde es más fuerte y tiene los resortes a su servicio. Los partidos "tradicionales" nos harán la ofrenda de protestar por las libertades de que los Peronistas y comunistas estamos privados, pero seguirán felices con esa maravillosa condición de vicarios en el mundo feliz de las estructuras intocadas. Si en algunos lugares podemos imponer partidos nuevos con planteos progresistas, suministraremos, a elementos que pueden ser útiles, el declive hedónico de las "oposiciones legales".

En ningún caso haríamos triunfar las buenas causas: en todo caso, haríamos triunfar a la legalidad. Pero en versión muy restringida. Porque si se considera que el paso ineludible en una aproximación a la revolución antiimperialista es "el restablecimiento pleno de las libertades públicas", nuestro disenso sigue válido. Las libertades públicas no se conquistan, hoy en día, por mayoría de sufragios: que nosotros sepamos, los coroneles, generales y almirantes no se eligen por sufragio popular.

Fronzizi sacó 4 millones y medio de votos, representativos de una amplia coincidencia nacional a su programa nacionalista. Pero al mes ya estaba cumpliendo el programa que solamente se había atrevido a postular un partidito que no llegó a 30000 votos. Salvo que caigamos en el burdo maniqueísmo de los partidos burgueses cuando están en la oposición, no pensaremos que es producto de la "maldad" de Frondizi. Pero extraigamos, si no lo sabíamos, la lección de que hay un poder real que predomina sobre la ficción de poder encarnada en los mandatos políticos.

En épocas normales, esa violencia está cristalizada en las instituciones del orden jurídico liberal burgués. Cuando toma caracteres tan concretos y se presenta sin ropaje, indica un estado avanzado en la descomposición del régimen. Las formas fascistoides indican una fase desintegrativa y no la invulnerabilidad del régimen.

Como hay que ser cuidadoso en las citas de los grandes marxistas (para evitar caer en lo que precisamente criticamos: la selección caprichosa de textos escritos para situaciones que pueden o no tener real similitud con la situación a que se aplican), prevengo que la que ahora transcribiré era un ataque de Rosa Luxemburgo a los revisionistas. Pero expone razones que pueden perfectamente aplicarse al caso argentino, en lo que tienen de esenciales.

"Para el revisionismo, las actuales erupciones reaccionarias son simplemente convulsiones que considera pasajeras y casuales y que no impiden establecer una regla general para las luchas obreras. Según Bernstein, la democracia se presenta, por ejemplo, como un paso ineludible en el desarrollo de la sociedad moderna; para el, exactamente igual que para los teóricos burgueses del liberalismo, la democracia es la gran ley fundamental del desarrollo histórico en su conjunto y todas las fuerzas políticas activas han de contribuir a su desenvolvimiento. Mas, planteado en esa forma absoluta, es radicalmente falso, y nada mas que una esquematización demasiado superficial y pequeñoburguesa de los resultados obtenidos en un pequeño apéndice del desarrollo burgués en los últimos veinticinco años. Si contemplamos mas de cerca la evolución de la democracia en la historia y, a la par, la historia política del capitalismo, obtendremos entonces resultados esencialmente distintos. El progreso ininterrumpido de la democracia se presenta, tanto para nuestro revisionismo como para el liberalismo burgués, como la gran ley básica de la historia."

El problema de las condiciones objetivas.

La base de nuestra argumentación es que el frente electoral no es una actividad "hasta tanto se den las condiciones para otra clase de lucha" , o que se combine con otro tipo de lucha. Significa canalizar las energías y la rebeldía popular hacia vías electorales, haciendo concebir falsas esperanzas si se tiene éxito o dando sensación de debilidad del movimiento popular en caso contrario. En cualquier caso, se retrasa la lucha insurreccional y se aparta de ella a los elementos mas capaces y combativos del proletariado. Eludir el dilema entre revolución o compromiso con la burguesía es simple escapismo.

Sería admisible la posición si el planteo fuese insurreccional, y dentro de el se adoptase, como acción táctica eventual, un determinado apoyo electoral. Pero la táctica del PC es netamente electoralista. Las oportunidades para tomar el poder no caen llovidas del cielo sino que hay que crearlas; y centrar el esfuerzo en las elecciones es conspirar contra la creación de condiciones insurreccionales, si es que no existen.

Lo cual nos lleva al primer problema de fondo: analizar si hay condiciones. Y con esto, tanto como el análisis científico, entran a jugar las aptitudes personales de los grupos dirigentes revolucionarios y la capacidad para captar los sentimientos de la masa, sus aspiraciones, el grado de arraigo que tiene la ideología liberal, el residuo de prejuicios

que conspiran contra soluciones radicales, etc. Los esquemas se someten ahora a prueba por contacto con la realidad, y los dirigentes pueden fracasar por estar rezagados con respecto al nivel revolucionario de las masas o por haberlo sobreestimado. Las decisiones quietistas implican menos riesgo desde que nada arriesgan y sometidas a críticas pueden ser defendidas escolásticamente con un manejo adecuado de citas marxistas; en las decisiones violentas, en cambio, el precio del error suele ser el desastre. Por eso inspira menos miedo la posibilidad de ser acusado de reaccionario que de provocador. Pero América Latina pasa por un período crítico, como todo el mundo subdesarrollado, y no es posible eludir un pronunciamiento, corriendo todos los riesgos que rodean a cada decisión histórica. Esa responsabilidad debemos asumirla, comenzando por plantear correctamente el asunto de debate.

Es decir, comenzando por no confundir "condiciones" con "oportunidades. Demostrar que el poder represivo de la oligarquía dominante es inmenso, que el imperialismo acudirá en su ayuda, que la fuerza revolucionaria es el proletariado urbano desarmado y no la gente del campo, todo eso tiene que ver con los métodos insurreccionales y no con las condiciones. Incluso admitimos que, dadas las "condiciones" pueden las clases populares pasar mucho tiempo sin encontrar las tácticas adecuadas. Pero hay que empezar por no confundir la estrategia con la táctica. Y sobre todo, con no seguir tácticas que, lejos de aprovechar las condiciones, si existen, o contribuir a crearlas en caso contrario, impiden que estas se desarrollen. La concentración de poderío bélico en manos de los sectores reaccionarios implica la necesidad de un análisis exhaustivo de la oportunidad en que se den las batallas decisivas; en forma alguna puede inferirse, en cambio, que constituyen el argumento para descalificar la insurrección. ¿Es que acaso el poder del estado no ha sido siempre el dispositivo de defensa de las clases dominantes? ¿Es que acaso las FFAA de la Argentina permitirán un avance por medios democráticos o de cualquier índole, que ponga en peligro el "orden de Occidente" del cual son custodios en el país?

Las condiciones jamás se presentarán formando un haz, completas, sin que falte nada. Hay que descubrirlas escrutando algo tumultuoso, turbio y complicado como es la realidad económico-social. De lo contrario, las revoluciones serían perfectas: estallarían exactamente en el punto histórico de incidencia, ni un minuto antes ni un minuto después. Y la vanguardia no necesitaría más que estar atenta a ese llamado, que le indicaría que puede proceder a instalar la dictadura del proletariado en un medio donde la razón no dejaba ningún estrato en la penumbra.

En la Argentina de hoy, si nos atenemos a una estimación más modesta de las posibilidades de que las condiciones aparezcan configuradas nítidamente, éstas están dadas con exceso: empobrecimiento de la clase trabajadora y desconocimiento de sus derechos como tal, proscripción política de los partidos Peronista y comunista, concentración de riqueza en los sectores agropecuarios e industriales vinculados al imperialismo, inmoralidad administrativa, resentimiento nacional ante el sometimiento a las potencias anglosajonas, falta de confianza en los partidos tradicionales, estímulo del caso

Cuba, quiebra del orden institucional por las continuas interferencias del Ejército, etc. Todo lo cual configura un cuadro propicio para las soluciones revolucionarias, que cuentan con el elemento básico de un proletariado numeroso, combativo y antiliberal y una clase media políticamente desilusionada en su parte conservadora y entusiasmada por la gestación cubana en sus sectores más avanzados. Estas son, aún superficialmente enumeradas, las condiciones que objetivamente autorizan la licitud del planteo insurreccional. La función de la vanguardia es incrementarlas, dar cohesión al esfuerzo popular, ofrecerle una salida, buscarle los medios de dar la lucha. Que se acierte o no en esa labor, es otra cosa.

Que pueda decirse que no hay condiciones para un alzamiento no es argumento para afirmar que tampoco existen para la tarea insurreccional. Cuya tarea es la que dará lugar a las restantes condiciones. No podrá imputárenos el pecado de mecanicismo si traemos una cita del caso cubano. Fidel Castro vió claramente lo que el resto de los políticos no veían y con el seudónimo de Alejandro afirmó en una publicación clandestina: "El momento es revolucionario y no político. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, de origen popular, que salve a Cuba". Y debemos convenir en que había entonces, aparentemente, muchas menos condiciones, y la realidad cubana ofrecía escasos indicios para semejante afirmación. La historia es cruel y no hay otra manera de demostrar que se tiene razón triunfando: Fidel Castro es el líder de la liberación americana; de lo contrario, hubiese sido un provocador.

Decir que la tesis de la insurrección de América Latina (los Andes serán la Sierra Maestra del continente) es un injerto trotskista es no decir nada. En primer lugar, porque casi todas las sectas realmente trotskistas tampoco creen que existan las famosas "condiciones". Y luego, porque el debate sobre el tema no es una discusión en el seno del partido, donde la imputación basta por sí sola para desprestigiar la tesis incriminada. Aplicar el calificativo es una forma de ahorrarse la demostración de que el enfoque propio es correcto, inventando al contradictor un aporte teórico ficticio que oculte la real coincidencia con los más destacados líderes de la ortodoxia marxista-Leninista (entre ellos, claro está, Mao y también Jruschov: 'Por eso solo con la lucha comprendida la lucha armada, es como pueden los pueblos conquistar su libertad e independencia ¿Pueden tener lugar en el futuro guerras como esa? Si, pueden ¿Pueden tener lugar insurrecciones como esa? Si, pueden. Pero son precisamente guerras o insurrecciones populares. ¿Pueden crearse en otros países condiciones en las que el pueblo, agotada la paciencia, se levante con las armas en la mano? Si, pueden crearse. ¿Cuál es la actitud de los marxistas hacia esas insurrecciones? La más positiva. Los comunistas apoyan en todo, esas guerras justas y marchan en las primeras filas de los pueblos que sostienen una lucha de liberación".)

Dentro de una estrategia insurreccional, las combinaciones políticas o los apoyos electorales ante el hecho concreto de las elecciones, tienen un sentido que es muy diferente del que adquieren cuando el frentismo es un fin en sí mismo (al menos para toda una etapa). Porque en este último caso no solamente es ineficaz para los fines perseguidos, sino que anula los expedientes de la violencia. Si las "condiciones" no existen,

la coalición del tipo de la propuesta no contribuirá, por cierto, a crearlas. Si la táctica es inocua, es una derrota de las fuerzas populares. Si llega a tener algunos éxitos desencadenara medidas represivas: y con eso no adelantamos nada porque lo que sobran son ejemplos de prepotencia oligárquica; estaremos a fojas uno.

Pero vamos a suponer lo que ninguna persona en sus sano juicio puede aceptar como posible: que con la organización del PC y la fuerza numérica del Peronismo comencemos a imponer candidatos que lleven planteos de izquierda, y que eso triunfe contra las maniobras del gobierno, los divisionismos fomentados desde los poderes públicos, el silencio de la prensa, la campaña de la Iglesia contra el "avance rojo", etc.; y que las Fuerzas Armadas dejen que este proceso se desarrolle sin tomar medidas en defensa de la "democracia". Aun en ese supuesto idílico habríamos actuado como disolventes de la unidad que puede darnos el triunfo, que es una unidad dinámica, solamente forjable en una lucha trascendente, y no la unidad que consiste en la coincidencia comicial. Porque no son dos aspectos de una misma unidad, sino dos tipos de unidades, excluyentes entre si. La unidad que nos interesa no es independiente ni de los fines perseguidos ni de las tácticas empleadas.

En la lucha insurreccional tanto en sus aspectos centrales como en las acciones marginales de agitación, propaganda, etc., únicamente le proletariado puede asumir el rol de vanguardia. En la táctica reformista el proletariado deberá someterse a la burguesía, abandonarle la dirección, actuar en el terreno que ella fija, someterse a las reglas de juego que ella establece, quedarse dentro de los límites que ella admite. Es decir que los trabajadores se reducirán, en última instancia, a las tareas de "presión" sobre los aliados -la mayoría de los cuales serán circunstanciales- para que estos a su vez "presionen" dentro del régimen.

Y todo este ajedrez tan complicado se termina apenas tres guarniciones se pongan de acuerdo por teléfono y resuelvan darle una patada al tablero so pena de frenar la ola roja. Porque la presión de las capas populares, para ser efectiva, tiene que expresarse en formas que nada tienen que ver con las elecciones.

Aunque manden algunos electos a representarlas en los cuerpos políticos, no son estos los que constituyen su fuerza de presión: sería un optimismo infundado el que pensase que cogobiernan, que integran el poder del Estado. Compárese con dos casos en que realmente hubo cogobierno. En 1917, frente al Gobierno Provisional de Lvov había un gobierno suplementario, accesorio, de fiscalización, encarnado en el Soviets de los diputados obreros y soldados de Petrogrado "que se apoyaba directamente en la mayoría absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados" (Lenín). El otro caso es de la misma esencia; después del triunfo de la revolución cubana, durante varios meses coexistieron el gobierno de Urrutia y Miró Cardona con otro gobierno, formado por Fidel Castro como representante del Pueblo. En los dos ejemplos citados, puede hablarse de un poder compartido -tecnicismos aparte-, pero con el gobierno popular

apoyado en fuerzas que impedían que el gobierno reaccionario pudiese reprimirlo. Eso es jugar la presión de las masas; lo otro es plegarse al enemigo.

No nos engañemos; ningún partido ni grupo burgués quiere un proletariado político; todos aspiran a representarlo como tribunos de la plebe, con empleo de todo el lenguaje progresista y el cubanismo que aporte votos. Al llevar a los trabajadores a votar por alguno de ellos, estamos fortaleciendo a los enemigos -confesando o no- de su ascenso al poder. Y estamos debilitando esa voluntad de poder que es uno de los ingredientes insustituibles de la revolución.

Los individuos que componen una clase tienen su visión del mundo y de los problemas derivados del papel que desempeñan en la sociedad; pero solamente mediante la acción, actuando como clase, es que toman conciencia de ello. En épocas en que los sucesos son normales, en el proletariado conviven su visión particularísima con la ideología impuesta por la clase dominante. Mientras aquella es inarticulada e inorgánica esta es coherente, orgánica, fijada por el machacar de las maquinarias educacionales y propagandísticas. Pero en los momentos decisivos, esa ideología extraña a sus intereses entra en colisión con las necesidades del proletariado, que pasa a actuar con autonomía y asciende así a la autoconciencia. Por eso, salvo en cierta capa minúscula, es imposible un desarrollo de la mentalidad revolucionaria a través de tácticas no revolucionarias.

Si un mérito nadie le niega a Perón es el haber desarrollado en los trabajadores el sentido de clase y la conciencia de su fuerza. Sobre esa mentalidad así preparada, hay que actuar sembrando la ideología de la revolución. Lo que será imposible si se encara como una mera difusión teórica, mientras se aconsejan políticas pragmáticas dentro del orden establecido. Esta dicotomía entre pensamiento y acción es factible para movimientos pequeños integrados por iniciados; es nefasta para un gran movimiento de masas, donde el ascenso al sentido de la libertad real se adquiere por la praxis y no en la difusión teórica. Los objetivos no pueden estar divorciados de los medios que se utilizan, porque los pueblos no asimilan las nuevas concepciones en abstracto, como pura teoría, sino combinadas con la acción. Los métodos revolucionarios impregnan a la masa con la teoría revolucionaria. (Y lo mismo ocurre, con signo inverso, con la táctica reformista.)

Un efecto secundario -pero en modo alguno omitible- de la aceptación de la tesis del Partido Comunista, sería el retroceso de los cuadros revolucionarios en el seno del Peronismo, en beneficio de los elencos politiqueros y sumisos. Estos tendrían frente a la masa el argumento de que lo único que los separa del ala izquierda es el criterio para seleccionar los candidatos que merecen apoyo. Y hasta alegaran su mayor ortodoxia, pues en lugar de combinaciones electorales siempre sospechosas para mucha gente ofrecerán partidos neoPeronistas, que el gobierno estimula para dividir el sufragio popular.

(Escrito entre mediados y fines de 1961 para la dirección de la Revolución Cubana)

CARTA DE JOHN WILLIAM COOKE, COMO SECRETARIO DE ACCIÓN REVOLUCIONARIA PERONISTA, A DOS COMPAÑEROS DE FOETRA.

Noviembre de 1964

Compañeros H. M. y J. F. del Sindicato Buenos Aires de Foetra

Estimados Compañeros:

Durante bastante tiempo he estado prófugo fuera de mi domicilio, circunstancia por la cual recién en esta mañana llego a mis manos la invitación para asistir al "Cabildo Abierto Telefónico". Pese mis esfuerzos, no he podido cancelar un compromiso contraído con bastante anterioridad con compañeros trabajadores del Uruguay, que mañana regresan a su país.

En consecuencia, justo con mi agradecimiento por la invitación, les hago llegar mis excusas por no poder participar en ese encuentro. Pero también deseo hacerles presente que si bien toda participación en actos relacionados con la clase obrera, constituye para mi un deber y una satisfacción, en este caso del sindicato telefónico capital, me es particularmente penoso no contribuir al debate y estar presente. En un momento en que la clase obrera afronta las condiciones durísimas creadas por un gobierno que ejecuta con dedicación implacable la política del régimen restaurado en 1955, las estructuras organizativas están en crisis y no pueden cumplir con su función de unir en una voluntad común de resistencia las rebeldías generales pero dispersas.

Y eso no se debe al rigor represivo de la dictadura militar, que demostró estar dispuesta a todos los extremos de ferocidad cuando, frente a un paro de actividades decreto un "escalada" de represalias y se comporto como si hubiese vencido en una guerra. Esa violencia potencial no ha necesitado, en general, transformarse en actos prácticos, porque la combatividad obrera ha carecido de los instrumentos funcionales que la cohesionase en consignas, métodos planteos comunes. Lo menos importante, con ser algo que la indignación obrera ha registrado perfectamente, es el nombre de los responsables en diverso grado, de los que han incumplido su mandato, demostrado su temor ante el enemigo, llevado a las filas proletarias una derrota que no se produjo en los hechos sino en la propaganda del régimen y en el espíritu de esta pobre gente prisionera de las posiciones burocráticas, las prebendas, los intereses individuales. Ellos, los dirigentes claudicantes, demostraron ante el rigor de momentos de crisis hasta que grado era profundo el deterioro de las organizaciones sindicales. Flores de invernadero buscando siempre el calor oficial, en la primera confrontación proyectaron sus temores y compromisos al conjunto de la clase trabajadora, como si esta compartiese esas debilidades nacidas en la dulce ociosidad de los cargos ejercidos sin vocación revolucionaria.

Sus nombres no interesan, y pronto se los llevara al olvido, y cuanto antes mejor. Pero si es preciso que no pueda especularse nuevamente con la desmemoria de los trabaja-

dores, que “lo burocrático”- que es un estilo, una visión implantados por la clase dirigente y no absorbida en la tierra fértil de las bases obreras- sea desterrado para siempre. Y bien: para demostrar que solo algunos dirigentes pero no las clases han traficado con el honor y templado ante el primer redoblar de las espuelas mandonas para testimoniar que diez años de desgracia no son factor para minar la moral combatiente, para todo ese contraste están las direcciones como la de Telefónicos Capital, que en los momentos de peligro dijeron lo que muchos callaban, miraron de frente a las cosas y dieron cumplimientos a las promesas y deberes contraídos con las bases, que para los claudicantes del “diálogo” y el “compromiso” y demás nombres del reformismo pactista, son solo de discursos floreados de intrascendentes, por esas razones, y pese a no poder expresarlo personalmente quiero que tengan presente que los compañeros que militan en nuestra Acción Revolucionaria Peronista y que pertenecen a otros sectores del trabajo, han seguido con intereses y solidaridad emocionada la lucha de ustedes con la prepotencia de los espadones gobernantes y la complicidad del temor de parte de quienes tenían obligación de apoyarlos mas halla de las formulas vacías. Y que el espectáculo que han brindado algunos sindicatos y gremios que opusieron sus escasas fuerzas y un clima viciado por la cobardía de muchos no ha sido en vano ni ha pasado desapercibido en cuanto significa, por quienes mantienen inalteradas su lealtad a la causa de la liberación argentina, para cumplir con su vocación de nuestro pueblo de realizarse como nación soberana y como sociedad sin explotación del hombre por el hombre.

Caerán las estructuras de la depredación imperialista y las estructuras del despojo de este capitalismo que esta llegando al término de su ignominioso reinado. Para eso, todo esfuerzo es digno de mención, ningún acto de consecuencia y lealtad debe ser ignorado o desestimado. Y pronto llegara el momento de las batallas definitivas, y el triunfo final, ante o después, ha de redimir todos las frustraciones de esta época de infamia.

Los abraza fraternalmente

John William Cooke
Secretario General
Acción Revolucionaria Peronista

EL CASO NELL, CLAVE PARA EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Acción Revolucionaria Peronista (ARP) 1967

En estos días ha de expedirse la justicia del Uruguay con respecto a la extradición de José Luis Nell, requerido por las autoridades argentinas como presunto integrante del comando del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara que asaltó el Policlínico Bancario de Buenos Aires en agosto de 1963. A los efectos de ese pronunciamiento, es irrelevante el que Nell haya o no cometido los hechos que se le imputan: lo que se discute es si fueron perpetrados con fines políticos, puesto que las leyes excluyen expresamente la extradición por delitos políticos o por delitos comunes conexos con lo político ya sea que formen parte de la ejecución del acto político o ejecutados en forma aislada pero con objetivos políticos. Es un principio intangible y universal que tutela los derechos humanos del asilado, y que los despotismos buscan burlar fraguando procesos comunes a sus enemigos expatriados (caso reciente de los tiranuelos brasileños, calificando de "delincuente común" a Lionel Brizola) o negando que los hechos que le incriminan tengan alcances políticos, que, es la técnica empleada contra Nell.

La requisitoria de la dictadura argentina es tan cristalinamente improcedente que presupone magistrados uruguayos carentes del más elemental buen sentido o susceptibles de ser inducidos a violentar los preceptos legales y la tradición jurídica de su país. No pretendo leer en la brumosa interioridad de las mentes gorilas: cabe también la hipótesis de que esa demostración de menosprecio no refleje una convicción real sino que sea una astucia primitiva con la finalidad de prolongar la detención de Nell y someterlo a los perjuicios de una tramitación semejante. Aparte de que estamos seguros de que esa tentativa correrá la suerte que se merece, para nada podemos gravitar en un litigio que se dirime en el ámbito forense. Pero precisamente porque es un problema político, nos interesa exponer sus datos esenciales, que contribuirán a la comprensión de la realidad argentina, velada aún por tenaces equívocos y malentendidos.

¿QUE CLASE DE "TACUARA"?

Así mientras basta la existencia de un móvil político para que la extradición sea ilegal, independientemente de cual sea la concepción ideológica sustentada esto es lo más importante para nosotros. La trayectoria de Nell ejemplifica la de muchos jóvenes que iniciaban su vida política hace más o menos una década, en medio de las frustraciones de una Argentina manejada por una minoría rapaz que abdicaba nuestra autodeterminación política y económica, mientras el pueblo, superexplotado y proscrito, no lograba traducir su protesta en una lucha efectiva por la toma de poder. Debo omitir referirme al complejo de circunstancias que llevó a un sector de la juventud a ver en las organizaciones nacionalistas de extrema derecha el camino para terminar, por medio de la acción directa, con este estado de cosas. Pero, en la medida que los impulsaba un auténtico fervor popular y patriótico, fueron percibiendo la naturaleza de ese nacionalismo violento, reaccionario y folklórico, que tras el fuego de su retórica no ofrecía un programa revolucionario sino saldos y retazos ideológicos trasplantados a los fascismos europeos. Sus núcleos paramilitares, lejos de ser dispositivos de combate revolucionario, eran engranajes del "Establishment", que fustigaban al imperialismo

pero lo servían con una práctica inspirada en las consignas del "occidentalismo" y orientada por energúmenos de sacristía, rezagados del milenio corporativo, nostálgicos medioevales y agentes de los Servicios de Información.

Nell, ligado directamente a la lucha de masa trabajadora y capaz de asimilar críticamente los datos de la realidad contemporánea, fue uno de los primeros en tomar conciencia de que, en nuestras naciones dependientes, no hay nacionalismo de derecha posible, y, que con ese punto de partida, concluir, que a esta altura ni siquiera es posible un nacionalismo burgués. Esa evolución determinó que un grupo se separase de Tacuara —que en 1963 era la más poderosa organización derechista— para formar el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (pronto conocido como "la tacuara de izquierda") del cual Nell fue figura destacada y miembro de la delegación que viajó a China y otros países revolucionarios; rápidamente se completa el tránsito hacia los planteos más radicales: el carácter global de la lucha liberadora del Tercer Mundo, la Revolución Social y la liberación nacional como aspectos indisociables de un proceso único, el papel de la Revolución Cubana, etc.

Teniendo presente esta ubicación ideológica, el "caso Nell" entra en su verdadera perspectiva, desde la praxis insurreccional hasta el ensañamiento represivo y este pedido de extradición en base a fundamentos que por el contrario, demuestran su improcedencia.

LOS BARULLOS DEL SURREALISMO JURÍDICO

El juez argentino que condenó al grupo del MNRT sostiene que no son delincuentes políticos sino "seres inadaptados que con el pretexto de móviles sociales o patrióticos dan rienda suelta a pasiones criminales realizando acciones que algunos tratan de persuadirse a sí mismos como de carácter epopéyico o justiciero...".

Ese buceo en la psiquis de los procesados está reñido con las normas de imparcial administración de justicia y constituye una fuga hacia la arbitrariedad de las afirmaciones infundadas. Por lo pronto, son los propios protagonistas quienes deben estar "persuadidos del carácter epopéyico o justiciero..." de sus acciones, eso es lo que distingue a los activistas revolucionarios, y no la prueba de que son personalidades aberrantes. El ideal perseguido puede parecer horroroso a los que pertenecen al sistema de valores atacado, pero el rebelde tampoco concibe como "normal" el acondicionamiento espiritual en el seno de una estructura socio-política injusta y deformante, ni que esas almas frías sean la pauta, para medir los "desajustes". No pretendemos que nuestros salomones aborígenes compartan ese punto de vista de los marginales, pero aun dentro de la juridicidad del status quo, el inconformismo integral no puede reducirse a fenómeno de patología psicológica; y una infracción a la ley es política o no de acuerdo con criterios elaborados por la ciencia penal, y no de acuerdo con requisitos que un magistrado fije por su cuenta para que una concepción merezca la calidad de lo político.

Para sustentar ese frívolo diagnóstico, ¿qué elementos de juicio objetivos permiten afirmar que los móviles invocados son simples "pretextos", "una cobertura supuestamente ideológica?" Cabría suponer que se apoya en la constancia de que los MNRT invirtieron el producto del atraco para fines personales, o en bienes suntuarios, tim-

bas, orgías, perfume francés, mulatas, incandescentes y otras delicias de la opulencia. Pues, no: el mismo juez se encarga de informarnos, en otro pasaje de su fallo, que "se trata de una verdadera sociedad criminosa que ora con propósitos de índole insurreccional, ora con el propósito de allegar fondos, armas, municiones, y otros elementos para la consecución de objetivos declarados por sus integrantes, proyectó y llevó a cabo hechos de carácter delictivo...". Como señala el letrado defensor de Nell, es imposible hacer una descripción más exacta de lo que la doctrina penal considera delitos políticos conexos. La raíz, de las contradicciones e incongruencias es política, y está explícita en otro párrafo del dictamen judicial. Esta especie de organización delictiva es más peligrosa y amenaza tomar un incremento mucho mayor por los recursos de que se vale y los medios que emplea, que las simples bandas criminales que actúan sin esa cobertura supuestamente ideológica, razón por la cual debe combatírsela más severamente porque hace peligrar los cimientos de nuestra sociedad".

Primero eran delincuentes comunes; luego resultó que eran comunes pero no tanto, y hubo que fijarles un limbo clasificatorio que los separaba del hampa pero sin entreverarlos con los políticos; por fin, estamos en que son peores que los criminales. Igualmente errátil es la lógica que descalifica como simulaciones los fines subversivos proclamados; para luego señalar que su práctica pone en peligro el orden constituido. Lo que equivale a decir que los MNRT lograban como revolucionarios los fines que simulaban como pseudo revolucionarios. Bravo. Finalmente, los tribunales argentinos pueden confinar a quienes atentan contra los cimientos de la sociedad al octavo círculo del infierno carcelario; lo que no pueden es hacer de eso una causal de extradición, pues si en algo coinciden los juristas de, todo el mundo es en que ese tipo de infracciones son políticas por excelencia.

VIOLENCIA SAGRADA Y VIOLENCIA DESFACHATADA

Veamos que régimen inefable de convivencia estuvieron por corroerlas modestas hazañas de estos reos. Cuando delinquieron, en la Argentina estaban cerradas las vías legales de expresión popular, y la acción directa era la única política que quedaba. Fue ese carácter falseado de la representatividad democrática la que invocaron las Fuerzas Armadas para dar el golpe de junio de 1966. Al fin y al cabo, lo mismo que se planteaban Nell y los suyos, con la diferencia de que, no disponiendo del instrumental bélico del estado, tuvieron que recurrir al asalto para armarse. Pero desde el punto de vista técnico, eso tampoco rompe la similitud de ambas situaciones jurídicas: el dinero del Policlínico Bancario pertenecía a los tacuaras tanto como pertenecen a los militares las armas que paga el pueblo para defender su soberanía y que ellos utilizan para despojarlo de esa soberanía y hacer con el país lo que se les da la gana.

Las FF.AA. responsables de la deformación representativa durante once años, no vacilaron en hacer mérito de esa anomalía para justificar el alzamiento contra el gobierno civil (elegidos en comicios presididos por los militares y con proscripción de los candidatos mayoritarios). Lo sorprendente es que el golpe triunfante, en lugar de redimir esos vicios de la práctica política, arrasó con todo el dispositivo de participación ciudadana en la elección de los mandatarios del estado, disolvió los partidos y convirtió en delito toda actividad política, aún pacífica y tradicional. Como caso de "simulación",

éste alcanza proporciones de maravilla. Detrás de este atropello está la crisis permanente del sistema capitalista argentino, que ya no permite disimular la violencia clasista tras la legalidad —siquiera formal— del gobierno democrático representativo; los órganos encargados de aplicar la coerción resolvieron asumir el poder, del cual eran sostén exclusivo y visible, liquidar el dispositivo ya inoperante de la política clásica e integrar directamente a los grupos económicos predominantes designando para las altas funciones administrativas del estado a los directivos y apoderados de los grandes consorcios locales y extranjeros.

La usurpación no es novedad sino lo habitual a través de 80 de los 104 años de vigencia de nuestra constitución. Pero por primera vez la práctica de la violencia no se recubre con los siete velos de la legalidad republicana: la actual dictadura militar no pidió, como las anteriores, reconocimiento como gobierno "de facto", justificado como necesidad transitoria con el fin de restablecer el normal funcionamiento de las instituciones, sino que se tituló emanada de una legalidad propia que cancela la preexistente. Los comandantes en jefe de las tres armas declararon que asumían el "poder constituyente" y fijaron los imprecisos objetivos de la "revolución", que tienen preeminencia por sobre los textos constitucionales; designaron presidente a Onganía, otorgándole también facultades legislativas y sin término a su mandato, y reemplazaron a los miembros de la Suprema Corte. Por consiguiente el gobierno no prestó juramento ante el alto tribunal sino que los integrantes de éste juraron acatamiento a la nueva jurisdicción.

Ese gobierno omnímodo, legitimado por su propia fuerza, es el que tramita la entrega de Nell. A instancias de esa justicia, que también tiene las espadas como fuente última de su existencia. Los hijos de la prepotencia claman venganza contra Nell, por el posible crimen de haber participado en la empresa patética y desesperada de un grupo de rebeldes. La sociedad burguesa presumía ser fruto del consenso general, pero en ella puede suprimirse de hecho y de derecho la voluntad colectiva en las determinaciones de las cosas públicas sin que por eso tiemblen los "cimientos" de la convivencia organizada. Oficialmente se confirma que la democracia representativa era una superestructura de la que se prescindía para apuntalar lo que es básico e intocable: el sistema de relaciones de fuerzas entre clases dominantes y clases dominadas. He aquí por que nuestros guerreros se coronan de laureles por estas epopeyas que tal vez la historia ignorará, pero que están registradas en las estadísticas sobre desempleo, ausentismo escolar, desnutrición, mortalidad infantil, nivel de vida, mientras los tacuaras de izquierda pasan miseria en las cárceles o se organizan contra ellos la caza del hombre disfrazada de tramitación jurídica internacional.

En un país donde los aviones navales han bombardeado a una multitud obrera indefensa en Plaza de Mayo —y mañana lanzarán rocíos de napalm con idéntico ánimo alegre—, donde se movilizan los tanques contra la protesta obrera, donde cada prócer castrense moviliza "su" guarnición o "su" barco en las confrontaciones internas por el poder, la única violencia que causa escándalo es la de Nell, mala plusvalía.

Desde la Argentina, una regencia de bayonetas que tutela los privilegios de dentro y de fuera exige la remisión de un prisionero de guerra que escapó a sus guardias de hierro.

Las saturnales revanchistas son catarsis para estas ciudadelas del Occidente imperial, acechadas por hordas oscuras cuya irrupción presagian signos intranquilizadores.

Además, Nell es un militante revolucionario, es decir, un subversivo que pretende esconder que el poder económico y el poder de fuego son monopolios sagrados en ese mundo de pequeños déspotas sin cabeza, de arcángeles blindados que vigilan la insubmisión de las masas hambreadas, de adoradores de fetiches, de payasos solemnes, de respetuosos de la respetabilidad, de púrpuras y togas tendidas para que no se vean las verdades peligrosas.

John W. Cooke

Publicado en "Marcha", 1967

ULTIMAS INDICACIONES DE COOKE A SU COMPAÑERA ALICIA EGUREN SOBRE QUE HACER CON SU CUERPO DESPUES DE MUERTO

Buenos Aires, 21 de agosto de 1968

Querida Alicia:

Ya a punto de ser operado, deseo establecer algunas indicaciones, disposiciones y directivas que, lamentablemente, pertenecen a lo macabro, pero creo mejor consignarlas expresamente.

1) En caso de que mi estado se agrave y entre en coma, debes ocuparte que bajo ningún pretexto ni artimañas se me acerque personal eclesiástico, monjas, etc, o se intente suministrarme sacramentos, exorcismos, etc. La prohibición incluye a los sacerdotes que sean amigos personales.

Comprendo que, ya que al fin y al cabo para mi carece de importancia todo ritual, algunas personas que me quieren piensan que exagero las restricciones. Pero es que deseo mantener intacto mi buen "nombre y honor" de ateo y materialista consecuente, y no deseo confusiones, leyendas sobre arrepentimientos "in extremis" y otras fábulas producto de la propaganda (y a veces de la buena intención) de la gente.

2) En caso de muerte, todo lo anterior se aplica con el mismo rigor, aunque he tomado disposiciones —con tu participación— que espero obvien dificultades.

a) Donación de mis ojos, de mi piel, etc.

b) Gestiones en trámite para donar los restantes órganos y, si es posible, todo lo que reste de mi cuerpo.

3) Si lo anterior fuese factible, cumpliría un doble objetivo: ya que no he podido, por medio de una muerte heroica, contribuir a la solución revolucionaria de nuestro drama americano, al menos podré ayudar a resolver algún problema individual, servir para la práctica de estudiantes de medicina, etc., y, al mismo tiempo; quedarla eliminado el problema de disponer de mis restos mortales, con el consiguiente alivio en materia del orden establecido en materia de velorio, entierro, etc.

4) Pero como la burocracia y la imbecilidad del orden establecido son infinitas es previsible que surjan inconvenientes para una liquidación drástica y completa del cadáver, y por lo tanto debe plantearte lo que corresponde según las diversas hipótesis.

5) No se si el velorio es algo inevitable. Si pudiera evitarse, mejor, pues sabes lo que opino de esa ceremonia de cuerpo presente, coronas y demás elementos de mal gusto. Si, además puede prescindirse del entierro', mejor, que mejor. No pretendo que mis restos tengan que ser llevados en un paquete y en colectivo, pero si que solo recurras a los más funcional, ascético y desprotocolizado; nada de pompas fúnebres, ceremonias, solemnidades, etc.

Por razones de fondo, estéticas y también económicas, pues mi tendencia al despilfarro no alcanza a lo post-mortem o sea, que me irrita pensar en gastos de pompas y circunstancias para satisfacer costumbres y vanidades que ofenden mi racionalismo y sentido de lo elegante.

6) En fin, ya llegamos, de una u otra manera, a la última etapa de esta planificación necrológica. Si no fue posible disponer integralmente del cadáver por medio de donación y hay que hacerlo de otra manera, entonces que lo cremen. Y que las cenizas no se conserven ni se depositen: dispérsalas poéticamente al viento, tíralas al mar (transo con que las tires al Río de la Plata, lo mismo da cualquier río y aún una laguna) Yo viviré como recuerdo el tiempo que me tengan en la memoria las personas que de veras me han querido; y en la medida en que he dedicado mi vida a los ideales revolucionarios de la libertad humana, me perpetuaré en la obra de los que continúen esa militancia. Así que no deseo que queden ni vestigios de lo que fue, por un breve intervalo de tiempo, un complejo fisiológicamente organizado, como ser viviente.

7) A riesgo de machacón, prefiero durante las tramitaciones que demande la finalización de mi existencia como cuerpo, que apliquen con máximo rigor mis prohibiciones sobre exhibiciones religiosas; ni personal religioso donde estén mis restos, ni curas, ni escapularios, etc.

8) Por separado, dejo varias notas que presumiblemente, puedan ayudarte a cumplir con estas disposiciones.

JOHN COOKE

Fuente: "Militancia Peronista para la Liberación" Nº 15